



NUNCA SE SABE

Alberto Medina Moya

Autor: Alberto Medina Moya

Edición y Maquetación: Cristina Medrano

www.editorialcuatrohojas.com

info@editorialcuatrohojas.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total ni parcial sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

A mis padres, Cristóbal e Isabel.

Y a Miguel Ángel, mi hermano.

Índice

[BÚSQUEDA](#)

[ILUSIÓN](#)

[SUSTOS](#)

[DETECTIVE](#)

[PREMIO](#)

[CARNAVAL](#)

[TRAMPAS](#)

[REFUGIO](#)

[POR LAS MALAS](#)

[SÍ, QUIERO](#)

[MILLONARIO](#)

[AMISTAD](#)

[GIGOLÓ](#)

[REVERSO](#)

[BANQUETE](#)

[TORRE](#)

[VOLVER A VERTE](#)

[CINE](#)

[NUEVA VIDA](#)

[TRAVESURAS](#)

[FORTUNA](#)

[META](#)

[TACAÑO](#)

[ENFERMERA](#)

[ENTIERRO](#)

[CRISIS](#)

[GOURMET](#)

[BESO](#)

[ENCUESTA](#)

[ILUMINACIÓN](#)

[MIMO](#)

[MÓVIL](#)

[PLAN](#)

[FINAL](#)

[ROMÁNTICO](#)

[CIRCO](#)

[RENCOR](#)

[DILEMA](#)

[DESPEDIDA](#)

[EXPERIMENTO](#)

[NOCHE DE REYES](#)
[AMOR ESPACIAL](#)
[COCHE](#)
[REENCUENTRO](#)
[REGRESO](#)
[ATRACO](#)
[BAILE](#)
[MISIÓN](#)
[CONDENADO](#)
[CAJA](#)
[IN EXTREMIS](#)
[VIENTO](#)
[TERMINAL](#)
[MALOS TIEMPOS](#)
[SOSPECHA](#)
[LAPSUS](#)
[AMAR](#)
[CULPA](#)
[LLAMADA](#)
[FÚTBOL](#)
[FAMILIA](#)
[ENTRENAMIENTO](#)
[REPRESIÓN](#)
[AMOR DE MADRE](#)
[TRASTO](#)
[LOVE-BOXING](#)
[CARTAS](#)
[ESPÍRITU NAVIDEÑO](#)
[CONTROL](#)
[GATO ENCERRADO](#)
[CONFESIÓN](#)
[ESPERA](#)
[VELATORIO](#)
[IN FRAGANTI](#)
[CENA](#)
[IGNORANCIA](#)
[RIVALES](#)
[NOTICIA](#)
[MODELO](#)
[SINCRONÍA](#)
[DIAGNÓSTICO](#)
[NOSTALGIA](#)
[CITA](#)

BAR

VUELTAS

HOTEL

BÚSQUEDA

Llegué al pueblo cansado, con la intención de encontrar algún lugar donde comer y dormir antes de comenzar a buscarla, pero al doblar una esquina me crucé inesperadamente con ella. Era algo más alta de lo que pensaba, pero tan guapa como en la foto. La acompañaba un hombre. Me mantuve a una distancia prudente y los seguí a lo largo de varias calles. Finalmente pararon ante una casa y hablaron durante unos minutos en que no dejaron de sonreír. Antes de despedirse se fundieron en un abrazo y vi, con pesar, cómo se besaban apasionadamente. Entonces saqué la carta y la hice añicos, odiando la maldita guerra que había obligado a mi amigo a decirme, en aquella oscura trinchera: «Si muero, dale esto a mi mujer».

ILUSIÓN

No veo la hora de subir la escalinata de la Iglesia. Estará guapísima, radiante, increíble. Bastará esa imagen para justificar la vorágine de las últimas semanas repartiendo invitaciones, buscando restaurantes, el viaje de bodas... Ya la veo entre mis brazos en la cubierta del barco, a la luz de una luna más resplandeciente que nunca. Llevo una hora acostado y no puedo dormir imaginando lo felices que vamos a ser. Me da igual que tengamos dos niños, o cinco, o diez, siempre que ella comparta conmigo la aventura de educarlos. Estoy convencido de que será una madre impecable, y una esposa perfecta. La verdad es que no puedo concebir mi vida sin ella, sin esa sonrisa que me cautivó desde el primer segundo. No puedo esperar más. Ha pasado demasiado tiempo. Mañana, a la salida del instituto, le pregunto de una vez por todas si quiere ser mi novia.

SUSTOS

Si había algo que le apasionaba, era asustar a la gente. En el momento y en la forma que fuera. Un buen susto le resultaba algo simplemente desternillante. Comenzó poniendo cara de psicópata con cuchillo al aparecer por detrás de alguien que estuviera sentado tranquilamente en un parque. La pobre víctima salía disparada del banco mientras él se revolcaba en el suelo de la risa. En otras ocasiones esperaba en el aparcamiento de un centro comercial a que llegara algún cliente, y cuando lo tenía identificado empezaba a seguirlo a unos metros de distancia. Al rato, en la zona de congelados, por ejemplo, se acercaba a él y le preguntaba si tenía un coche modelo tal matrícula tal. Tras la respuesta afirmativa, le decía que se lo estaba llevando la grúa. El desgraciado ponía esa maravillosa cara de horror, y salía pitando mientras él se aguantaba la risa hasta que no podía más. El susto era su alimento, su vicio, su droga. Otra de sus jugarretas consistía en entrar en una tienda con un pasamontañas y una pistola, apuntar al dependiente durante unos segundos y dispararle finalmente un chorrillo de agua. Ver aquellas expresiones de puro acojonamiento le suministraba un chute de endorfinas insuperable. Con frecuencia llegaba a dolerle la mandíbula de tanto reír. A medida que transcurrían los años fue perfeccionando su habilidad para asustar al prójimo. Pero el susto supremo, el más terrorífico, fue el que se llevó el albañil que encontró su esqueleto sentado en el sofá del salón, dos años después de su muerte.

DETECTIVE

Lo ha pensado, y se lo ha imaginado más de una vez, y de dos, y de tres. A él desnudándola, comiéndole la boca, los pezones, embistiéndola una y otra vez, y las hormonas se le alborotan hasta inundarla del gozo que ahora siente al ver ese deseo abrasador hecho realidad. Quién se lo iba a decir hace tres semanas, cuando fue a solicitar sus servicios como detective. En la primera impresión le pareció atractivo, pero ni de lejos podía imaginar que poco tiempo después iba a ser penetrada por él, ignorando la rabia que le producía sospechar que su marido la engañaba desde hacía semanas. No podía soportar esa aniquiladora incertidumbre; necesitaba saber la verdad y aquel atractivo hombre le prometió que se la proporcionaría.

Desde que él la vio entrar por la puerta supo que haría lo que fuera por ella, y de momento parece que no lo está haciendo mal, a juzgar por los alaridos de placer que salen de su garganta mientras la posee vigorosamente, haciéndola suya y olvidando las muchas horas que pasó siendo la sombra de ese marido del que nunca encontró el menor indicio de engaño. Hubiera querido no tener que mentir a la mujer que le tiene loco, pero el deseo ha podido más que la verdad y ya nada importa. Ahí están los dos cautivados por el roce de sus pieles, los besos, los mordiscos, gozando ajenos a todo, incluso al intenso dolor que atraviesa a un marido que los observa desde la puerta.

PREMIO

Subía las escaleras maldiciendo aquel antiguo edificio sin ascensor en el que vivía la vieja. No es que la visitara muy a menudo, pero las pocas veces en que lo hacía, siempre en fechas señaladas, ya le parecían demasiadas. Vivía en la sexta planta, la última, y cuando llegaba a la puerta estaba a punto de infarto. «A ver si la casca de una vez... que ya va siendo hora», pensaba mientras subía el último tramo de escaleras.

Cuando por fin llegó a la puerta esperó unos segundos hasta recuperar el aliento antes de abrir. Al entrar vio el salón vacío con la tele encendida. Miró en el dormitorio y, para su sorpresa, la encontró tirada en el suelo, inconsciente, al lado de la cama. Le palmeó las mejillas y la zarandeó un poco, pero no respondía. La ausencia de pulso confirmó sus esperanzas. Estaba frita. «Ya era hora», pensó con indiferencia. Miró la mesita de noche, repleta de medicamentos y estampitas de vírgenes y santos. También había un décimo de lotería. Sacó el móvil, comprobó el número y se quedó a cuadros cuando vio que tenía el primer premio del sorteo de la ONCE. Treinta y cinco mil euros. Notó cómo se acaloraba y salió al balcón para tomar un poco el aire, pero un golpe de viento le arrancó el décimo de las manos ante su desesperación. Como alma que lleva el diablo se lanzó hacia las escaleras. Al salir del portal lo vio a unos quince metros, en medio de la calzada, y corrió hasta atraparlo para descubrir que no era más que un papelucho. Miró hacia atrás, hacia delante, buscó, anduvo, preguntó, y terminó aplastado por la cruel realidad: lo había perdido.

Subió de nuevo a la casa arrastrando su abatimiento y se dejó caer en el sofá aturdido, sin poder creerse cómo había podido pasarle algo así. Aquel dinero era su salvación. Al rato se levantó y se dirigió al dormitorio. Al ver a la anciana notó algo raro. Se acercó a ella, y al mirarla observó con sorpresa que había una pequeña sonrisa dibujada en su cara.

CARNAVAL

Aquella hermosa mañana volvía de la cabalgata de carnaval cuando me crucé con Yolanda, un amor que tuve años atrás. La sonrisa que me regaló fue una ventana que se abría a la primavera. Por un instante volvimos a ser aquella pareja que respiraba alegría por cada poro de la piel y de la que hablaban todas las canciones y poesías de amor. Fuimos de nuevo aquella naranja entera que rodaba triunfante por la vida. Todo volvió a ser como siempre debió ser, antes de los errores, de la niebla, del infinito dolor que nos separó arrancándonos el alma. Aquella sonrisa que una vez fue la mayor de mis pasiones me acarició con una dulzura que no he vuelto a encontrar. Al verla marchar me invadió la tristeza. No había sido capaz de quitarme el disfraz de Bob Esponja.

TRAMPAS

La mañana del día de Navidad no había quien consolara a los niños. Ninguno había recibido su regalo.

En un paisaje nevado del norte, tampoco había quien consolara a Papá Noel. Todos sus renos estaban muertos. Habían sido envenenados.

En un lugar de Oriente, tres Reyes Magos brindaban eufóricos. Aquel año iban a arrasar.

REFUGIO

Primero me crucé con un hombre cejijunto que murmuraba algo inaudible, luego con una muchacha sonriente que me preguntó varias veces si quería ver su mariposa. El auxiliar la apartó suavemente y siguió conduciéndome a mi habitación. Estaba al final del pasillo.

—Para entrar tienes que pedirnos las llaves, ¿vale?

Asentí mientras observaba el interior. Una cama, una mesita con silla y el baño. Era suficiente. Cuando se marchó me tumbé boca arriba en la cama, cerré los ojos y respiré profundamente tratando de alejar las imágenes que invadían mi cabeza: la mirada celosa y enferma de mi marido, los golpes de mi cuerpo contra la pared, los gritos, las bofetadas, la angustiada espera del sonido de sus llaves hurgando en la cerradura...

Pero lo había conseguido. Fingiéndome loca, en aquel hospital psiquiátrico estaría a salvo de la locura en que se había convertido mi vida.

POR LAS MALAS

El corazón le brincaba en el pecho. Todo había salido como esperaba. Ya solo tenía la carretera por delante y la alegría de ver cumplido su objetivo. En medio de la euforia le vino a la mente la cara aterrada de la chica al ver el machete, y le pareció oler de nuevo el embriagante perfume que percibió al agarrarla para ponerle el arma en la garganta. También recordó el rostro tenso del quinceañero, y el sollozo de la cría de pocos años que acompañaba a su madre. Era lo único que rompía el tenso silencio en que transcurrió todo. Afortunadamente nadie quiso dárselas de héroe cuando gritó: «¡Quieto todo el mundo, al que se mueva lo rajo!»». Un minuto más tarde salía de la farmacia con un brazo por encima del hombro de la chica y el otro ocultando el machete, obligándola a montar en el coche y conducir. Recordó el remordimiento que sintió al ver lágrimas rodando por su cara.

—No te voy a hacer nada —le dijo con pesar. Hasta llegó a decirle que lo sentía antes de parar el coche y decirle que se bajara, como tenía previsto. La dejó al lado de un gran parque, en las afueras de la ciudad. Ahora todo había terminado. En la carretera empezaba a oscurecer. Se juró que esa era la última vez; ya estaba cansado. Tenía que enfrentarse a su maldita timidez. En el asiento de al lado llevaba el botín: una bolsa con varias cajas de preservativos.

SÍ, QUIERO

«... Todos los días de tu vida, hasta que la muerte os separe?».

Ya está. Ya lo había dicho. Era el momento que había deseado y temido durante tanto tiempo, la hora de decir un «sí quiero» que decidiría el resto de su vida. Miró a su novio, ese chico guapo y de buena familia que tanto le gustaba a su madre. Desde el día que los presentaron, en la boda de su prima, no había dejado de recordárselo: «Ese muchacho me gusta para ti», «¿no te gusta, con lo guapo que es?», «¿por qué no lo invitas a un café?», así un día y otro. Entre el interés que él mostraba por ella y el asedio de su madre, terminó por quedar un día con él para ir al cine. Y a partir de ahí todo se fue sucediendo. A la segunda cita ya su madre se refirió a él como su novio. La reacción a su protesta fue una risita picarona. El muchacho no era mal partido: guapo, trabajador, formal..., pero no acababa de encender esa llamita que ella precisaba para iluminar su vida. Poco tardó su madre en permitirse la licencia de invitarlo a comer en casa un domingo. A ese le sucedió el siguiente. Y el otro. La inercia la llevó a engañarse a sí misma, y cuando él le pidió la mano en aquel restaurante una noche de lluvia, fue la esperanza más que la ilusión la que respondió que sí. No podía haber mujer más feliz en el mundo que su madre durante los preparativos de la boda. Prácticamente eligió su vestido, y la iglesia donde se celebraría. A su novio todo le parecía bien, mientras que ella, entre la duda y la resignación, se dejaba eclipsar por la personalidad dominante de su progenitora.

Pero era el momento de la verdad. Solo tenía que pronunciar esas palabras que todo el mundo esperaba y que se resistían enganchadas en algún lugar de su garganta. El novio la miró y el cura carraspeó, ambos extrañados por la tardanza. Simplemente tenía que decir lo que tenía que decir y seguir adelante con el momento más importante de su vida. Pero algo en su interior le decía que no, que era un error del que se arrepentiría antes o después.

Un murmullo creció entre los invitados. Habían pasado varios segundos y la tensión se palpaba en el ambiente. Lanzó a su novio una mirada suplicante y pensó en decirle que no se encontraba bien, cuando una voz, desde la primera fila de los bancos, sonó como un trueno en todo el templo:

—¡¡¡SÍ, QUIERO!!! —gritó su madre con el rostro lleno de ira.

MILLONARIO

Desde que me fui a Málaga, te acuerdas, ¿no?, me tocó aquella pasta y nos fuimos del pueblo, porque yo estaba del campo hasta las narices. Y en Málaga nos compramos un chalet con piscina, garaje..., una maravilla. Mira, Andrés, quien te diga que el dinero no da la felicidad miente como un bellaco. Claro que la da, a mí me lo vas a contar. Al poco tiempo me dio por irme de putas, dos o tres veces a la semana. Qué ratos de gloria. Mi mujer terminó pidiéndome el divorcio y se fue a tomar por culo. La vaca esa me tenía agobiado. Contraté una asistente, una cubana con un culo que vale la pena haber nacido para verlo. Chico, cómo me enganché a la cubana. Solo me faltó comprarle la estatua de la libertad. Nos casamos y nos fuimos a dar la vuelta al mundo. Estuvimos en Japón, en Alaska, en las Bahamas. El dinero me abría puertas, esta sí y esta también. ¿Quería comprarme un coche? Me compraba el mejor. ¿Me dolía la rodilla? El mejor médico. El mejor restaurante. El mejor, siempre lo mejor. ¿Qué quieres que te diga? La Bonoloto a mí me hizo feliz. ¿Y ahora? Una mierda. Mi hijo mayor se metió en la droga y me gasté un pastón para sacarlo. Por ahí anda ahora, durmiendo en la calle. El otro se fue al extranjero y allí se quedó. No llama ni por Navidad el cabrón. Después, un inversor en el que confiaba y me llevaba las cuentas me la jugó y se quitó de en medio. Me dejó seco. Y hace un año me divorcié de mi mujer, la cubana, que me ha dejado con una mano delante y otra detrás. Estoy peor que antes de la Bonoloto. Pero oye, lo que dije antes no es broma. El dinero da la felicidad, digan lo que digan. Lo que pasa es que luego... hay que saber mantenerla.

AMISTAD

A medida que hacía las llamadas su esperanza se iba desinflando como un balón de playa. Uno tras otro iban esgrimiendo excusas a cuál más miserable. Ahora que su puesto de trabajo peligraba, ahora que los necesitaba, nadie era capaz de echarle la mano que le palmeaba la espalda el día que lo nombraron delegado provincial. Uno a uno iba tachando nombres en la agenda, resignándose a la dura realidad: había vivido rodeado de cabrones disfrazados de amigos.

Ya solo le quedaba un último número al que llamar, el de Diego Montes. Diego nunca le había fallado, y ahora lo necesitaba más que nunca. Era su última esperanza, y marcó preguntándose si sería de verdad su amigo. Al otro lado del teléfono oyó la voz de su mujer.

—Hola, Montse... Soy Andrés, ¿está Diego?

Pasaron varios segundos en silencio.

—¿Montse?

—Diego murió la semana pasada. Te recuerdo que tenía cáncer. Preguntó mucho por ti. Pensaba que eras su amigo.

GIGOLÓ

—Anoche follé —soltó de repente.

Las tres nos miramos en desconcertado silencio.

—¿Qué has dicho? —preguntó María.

Y nos lo contó todo detalladamente sin borrar esa complacida sonrisa de su cara. Que iba a cumplir setenta y un años, que para cuatro días que le quedaban se podía permitir el lujo, que vació la hucha que tenía y llamó a uno de esos anuncios, y que a las ocho del día anterior se presentó en su casa un maromo de no más de treinta años con el que se lo pasó como una enana. Nos quedamos a cuadros escuchándola narrar los detalles, porque Lola nunca se corta un pelo.

—¿Qué queréis que os diga? —dijo al terminar—, yo que vosotras me animaba; un buen polvo nunca viene mal. Y se rio con ese descaro tan propio de ella. No tardamos mucho en marcharnos María, Leo y yo. En el ascensor no dijimos esta boca es mía, pero la procesión iba por dentro.

Lola siempre fue la más atrevida de las cuatro, pero nunca pensé que fuera capaz de hacer algo así. A su edad, acostarse con un muchacho por dinero. Válgame Dios. Llevaba más de una hora acostada y no podía quitarme de la cabeza sus palabras: que si le hizo esto, que si le hizo lo otro, que si tenía un tipazo como el actor ese de la telenovela... Qué barbaridad. Y siempre con esa sonrisa de viciosa en su cara... Me preguntaba si lo habría pasado mejor contándolo que haciéndolo...

Un rato más tarde no pude soportarlo más y me levanté desquiciada, fui hacia el salón, cogí la hucha de porcelana y la estrellé contra el suelo.

Tres días después tenía el corazón a punto de infarto. En unos minutos llegaría el chico. Había pedido que fuera alto, que no tuviera muchos músculos y, sobre todo, que fuera amable y cariñoso. Me miraba en el espejo como una quinceañera. Al fin sonó el timbre. Era la hora. Respiré hondo y me dirigí hacia la puerta sin tener ni idea de que al otro lado, más nervioso aún por ser su primer día de trabajo, se encontraba el mayor de mis nietos.

REVERSO

El arcángel caminaba arrastrando los pies, con las alas atadas y el rostro ensombrecido. Tenía a toda la jerarquía celestial en su contra y no veía salida a la encrucijada en que se hallaba. El cansancio, el desengaño y el abatimiento habían terminado abocándolo a aquella decisión. Al llegar al borde de la última nube del cielo miró hacia abajo, cerró los ojos y dijo: «Adiós, cielo cruel». El grito que lanzó se perdió en su caída al vacío.

Un grito que hizo sonreír a la mujer que, sudorosa, veía cómo la criatura angelical que había llevado durante varios meses asomaba entre sus piernas en la sala de partos.

BANQUETE

Por favor, atención. Os voy a pedir que guardéis silencio y que miréis esa pantalla que tenéis ahí. Como veis, esa es mi casa, y ese es mi dormitorio. ¿Y quiénes son esos dos que están en la cama? A él no lo conozco, y ella es la mujer que está sentada a mi lado vestida de blanco, con la cara tapada y que hace un rato decía en la iglesia «sí, quiero» con todo su corazón. Estas imágenes fueron grabadas hace dos semanas. Siento deciros que la ceremonia que habéis visto en la capilla ha sido un montaje. El cura es un actor amigo mío. Como comprenderéis, nada más lejos de mi intención que casarme con una zorra como la que corre ahora llorando en dirección a la puerta. ¡Adiós, cariño! ¡Feliz luna de miel!... Disculpadme, tengo que coger un avión. Me voy a un lugar donde poder olvidar los últimos cinco años de mi vida. Perdonad las molestias, espero que lo comprendáis. Gracias a todos.

TORRE

Era lo mejor de las navidades. La tarde del cinco de enero mi hermano Guille y yo sacábamos una mesita de noche al balcón, nos sentábamos en dos taburetes y, con la concentración de un cirujano, comenzábamos a levantar una torre de naipes. De vez en cuando mirábamos a la calle y veíamos cómo crecía la multitud. Lenta y meticulosamente íbamos colocando los cartones, con la pericia que habíamos cultivado a base de horas de práctica. Cuando ya se escuchaba la música de la cabalgata apenas terminábamos de colocar la última carta, entonces Guille y yo alzábamos los brazos y gritábamos triunfantes.

—Buen trabajo, capitán —le decía yo.

—Gracias, teniente —respondía él.

Y ya solo quedaba esperar. A medida que se acercaba la primera carroza, Guille y yo nos convertíamos en un manojito de nervios. Finalmente empezaba la fiesta. Los caramelos empezaban a surcar el aire y mi hermano y yo nos volvíamos locos. «¡Aquí! ¡aquí!», les gritábamos. Y nos tiraban, pero sin acercarse al objetivo. Seguíamos gritando con todas nuestras fuerzas, y nos volvían a lanzar, pero apenas llegaba algún caramelo. Vivir en un tercero entrañaba esa dificultad. A lo mejor terminaba de pasar la carroza y Guille y yo nos mirábamos decepcionados, pero sonrientes. Aún quedaba esperanza. Cuando llegaba la segunda nos desgañitábamos pidiendo caramelos, y si no con la tercera, pero tarde o temprano sucedía: uno de ellos impactaba en la torre echándola abajo. En ese momento maravilloso, Guille me miraba muy serio y decía: «Nos atacan, capitán». Entonces agarrábamos nuestros tirachinas, los huesos de aceituna, y gritábamos: «¡AL ATAQUEEE!».

VOLVER A VERTE

Quién me lo iba a decir. Que la escucharía decir en aquel parque con aquel frío que sería mejor que no nos volviéramos a ver. Que no la volviera a ver. A ella, que había dormido sobre mi pecho, que conocía cada una de mis cicatrices, que había hecho brotar cada flor. Quién me iba a decir que la vería llevarse para siempre esa sonrisa que ponía el mundo en mis manos. Que me quedaría solo, atrapado en la incertidumbre de no saber cómo soportar cada minuto sin ella. Quién me iba a decir que ese sería el comienzo de un largo deambular por el desierto, alimentando los cuervos del pasado y perdiéndome por caminos oscuros. Que casi sin darme cuenta el rumbo comenzaría a virar y llegaría un viaje, un rayito de sol, una sonrisa, una sorpresa, y empezaría a respirar de otra manera. Que me iría a vivir a Londres, me compraría una guitarra y me llenaría de música y nuevos amores. La vida volvería a asomar por mi ventana y la invitaría a entrar y a tomarse un café con una palmera de chocolate. Quién me lo iba a decir. Que años después volvería a Madrid, y un viernes al salir de una librería me tropezaría con ella, que empezaríamos a hablar y terminaríamos tomando un café y pasando una tarde deliciosa, que empezaríamos a salir, y que un mes más tarde, después de conquistar el paraíso en su cama, yo miraría complacido cómo bailaba la brisa con la cortina y ella se acurrucaría junto a mí para decirme muy bajito que deseaba que llegase el día siguiente para volver a verme.

CINE

Ramón terminó de hablar por el móvil y se quedó en silencio, sentado en el sofá. Su mujer, Carmen, vio cómo se dibujaba una sonrisa en su rostro y le preguntó qué estaba tramando. Por lo visto, aquella tarde sus nietos iban al cumpleaños de un amiguito, así que tenían la tarde libre.

—Te voy a llevar al cine —dijo al fin el anciano.

—¡Al cine! —La anciana le plantó un beso en todo el morro—: Eres mi héroe.

Hacía siglos que no iban a una sala de cine y les parecía que era la primera vez. Al ver una multitud como aquella Ramón, se preguntó si habría ocurrido algún accidente. Tras esperar un cuarto de hora en la cola, llegaron a la taquilla y pidieron dos entradas para la sala tres. Varios minutos más tarde se hallaban sentados en sus butacas a la espera de ver una prometedora comedia, ignorando que por una equivocación del taquillero habían entrado en la sala equivocada.

Cuando vieron el título en la pantalla se miraron el uno al otro extrañados. *Misión límite*, ponía. Recién empezada la película, un hombre se liaba a tiros en unos grandes almacenes. El ruido era atronador, el ritmo de las imágenes vertiginoso. La pareja de ancianos se estremeció. Aquel torrente de secuencias violentas era algo que no acostumbraban a ver. Transcurrían los minutos y el torbellino continuaba. Cuando Ramón volvió a mirar a su mujer vio que tenía los ojos cerrados. Le cogió la mano e hizo lo mismo. A su alrededor, la gente apenas parpadeaba.

A veces el ruido se atenuaba. Hasta hubo un momento en que el anciano se atrevió a abrir levemente los ojos. En la pantalla, una pareja fornicaba sobre una mesa mostrando sus cuerpos con total descaro, sin el menor resquicio de pudor, entregados a un movimiento compulsivo y neurótico. Prefirió volver a la oscuridad.

Poco después, cuando comenzaba otra de las numerosas secuencias violentas, una chispa saltó en las instalaciones eléctricas del edificio. Fue cuestión de minutos que las llamas comenzaran a extenderse. El dispositivo contraincendios falló y un espectador no tardó en percibir el humo delator, dando la voz de alarma.

—¡Un incendio! ¡Fuego!

El público, enajenado, se precipitó hacia la salida gritando como en la secuencia que en ese momento aparecía en la pantalla. Los dos ancianos, sobrecogidos, sin saber qué ocurría, se abrazaron y mantuvieron los ojos cerrados, agarrotados por el miedo, anhelando que acabara lo antes posible aquella pesadilla.

Algo más tarde, cuando ya les costaba respirar, sintieron unas manos poderosas separándolos, y en medio de una oscura niebla, los bomberos los llevaron a una ambulancia donde recibieron asistencia. Finalmente se concluyó que no había motivos para preocuparse, pero se decidió ingresarlos para que pasaran la noche en observación.

Los pusieron en la misma habitación y, tras una cena ligera, no tardaron en sentir cómo sus párpados cedían. Apagaron la luz de la habitación y ella dijo:

—No te preocupes, a lo mejor en la próxima acabas por fin conmigo.

Las camas estaban muy próximas. Él extendió el brazo:

—Lo siento, cariño.

Ella extendió el suyo:

—Calla, tonto. Tienes suerte de que mi bombero fuera tan guapo...

Y así, de la mano, se abandonaron al sueño.

NUEVA VIDA

Bordeando la orilla del río, recordaba el día en que Rosana lo dejó. Habían pasado tres años y se sentía más solo que nunca. Nada había vuelto a ser igual. Buscó refugio en la carrera, después en el trabajo, en nuevos amigos y aficiones, pero todo fue en vano. Un dolor lacerante seguía incrustado en lo más hondo de su ser. El mundo era un lugar desapacible cuya inercia le llevaba a ir adonde no quería, para hacer cosas que le aburrían con gente que no le interesaba. Se sentía náufrago en una sociedad que anteponía lo material a lo humano, lo superficial a lo esencial y la productividad a la felicidad.

El día anterior había tomado la decisión que le rondaba desde hacía un tiempo: renegar de todo lo electrónico, de toda superficialidad, y vivir una vida más consciente y auténtica. Decidió deshacerse del despertador, del reloj, del iPad, del televisor, del ordenador, de internet. Nada de radiaciones electromagnéticas, ni de esa ansiedad por recibir un email, ni del incordio de cargar la batería del móvil o mirar la hora compulsivamente. Había llegado el momento de darle una oportunidad al silencio y a la quietud, de escucharse, de descubrir quién era.

Sacó el móvil del bolsillo, lo último que le quedaba. Cuando se disponía a lanzarlo al río, recibió una llamada de un número desconocido. Lo miró un instante, dudando si contestar.

En otro lugar, una chica llamada Rosana esperaba expectante oír la voz de un amor que no había olvidado.

TRAVESURAS

Le doy un simple golpecito a la mesa y se queda como una estatua, escrutando el silencio durante varios segundos. Luego reanuda la lectura del periódico sin darle más importancia. Pero yo insisto y vuelvo a golpear la mesa no una, sino dos veces. Levanta de nuevo los ojos y, sin mover la cabeza, pasea la mirada por toda la habitación. Sonrío porque me recuerda a cuando yo era niño, tan ignorante, tan ingenuo. Me voy hacia el interruptor de la luz y la apago durante un par de segundos. Cuando la enciendo veo su rostro más tenso. Apago de nuevo la luz y espero. Se levanta en la oscuridad, camina hacia el interruptor y justo cuando va a darle me anticipo. Entonces mira la lámpara encendida con un signo de interrogación dibujado en su cara. Yo me descojono. Suspira y se dirige de nuevo al sillón, coge el periódico y retoma la lectura. Ahora sí que va a flipar. Me coloco al lado de la tele y la enciendo al mismo tiempo que cojo el ramo de flores del jarrón y me pongo a lanzarlas al aire una a una por toda la habitación. No falla: suelta el periódico despavorido y sale como un cohete de la habitación. No puedo más, me parto de risa por el suelo. Esto de ser fantasma es la leche.

FORTUNA

Aún podía oír los truenos, el fragor de la lluvia, el llanto del bebé que iba con ellos. Y todavía podía ver en la oscuridad —seguramente los vería durante el resto de su vida— los rostros de sus compañeros paralizados por la angustia. La sombra de la tragedia se cernía sobre ellos bloqueando sus gargantas sedientas. Un par de ellos unían sus manos y casi gritaban implorando a un dios indiferente. Un escalofrío le recorrió las entrañas al recordar la gelidez de aquellas aguas indómitas. No sabía cuántos habían sobrevivido, pero sospechaba que no habrían sido muchos — ignoraba que había sido el único— y, acurrucado en el cobertizo de aquella casa abandonada, trataba de combatir el frío y el hambre repitiéndose una y otra vez que lo había logrado, que había llegado a la costa, que estaba en España, y daba gracias a Alá por ser tan afortunado.

META

Colgó el teléfono y se quedó mirando el décimo. Uno cuatro ocho dos cinco. Tenía en sus manos treinta y dos millones de euros. Casi nada. Podía hacer cualquier cosa. Ir a cenar al restaurante más caro de la ciudad y pedir lo más caro de la carta. Comprarse un cochazo. O tres. Irse de viaje, de crucero, de putas. Tenía el mundo sus manos y él apenas lograba sentir una mínima satisfacción.

Los días posteriores todo siguió igual. Ninguna idea, ningún proyecto que le entusiasmara para sacarle partido a su nueva circunstancia. La vida continuaba siendo gris y cada noche se acostaba con esa sensación amarga que se había instalado en él desde hacía semanas.

Una mañana se hizo la luz en su mente. Por fin lo vio claro. Al día siguiente se puso manos a la obra, y no tardó en encontrar a la persona idónea. Había estado nueve años entre rejas, y desde que salió no se había metido en líos, pero a duras penas malvivía. Le ofreció una generosa cantidad a cambio de su colaboración y experiencia, y este aceptó sin pensarlo mucho.

Planearon el atraco meticulosamente, y dos semanas más tarde todo estaba listo. Un lunes por la mañana se dirigieron en coche al banco. No había vuelto a verlo desde hacía un mes y medio, desde el día en que fue cruelmente despedido tras veintidós años de intachable servicio.

TACAÑO

La primera vez lo invité por mi cumpleaños, la segunda por un proyecto laboral que me había salido, y las dos siguientes porque era un estirado. Pero esta vez le tocaba pagar la cena a Toni. Lo tenía tan claro que me había dejado aposta la cartera en casa. Por eso, tras un tiempo esperando el momento de llamar al camarero, dije palpando mi bolsillo: «Oye, ¿que me he dejado la cartera!». Toni se me quedó mirando en silencio unos segundos, y entonces dijo como si nada: «Yo también». No me lo podía creer. Qué poca vergüenza.

—Hemos venido en tu coche, ¿tampoco llevas carnet de conducir?

Y me dijo que no. Increíble. Hacía unos tres años que lo conocía y acababa de descubrir que mi amigo Toni era el tacaño mayor del reino.

Le propuse que fuera en el coche a su casa a por la cartera mientras yo lo esperaba allí, y me dijo que sin carnet no cogía el coche.

—Al venir tampoco llevabas carnet.

—Pero no lo sabía.

Ni de coña me creía yo eso. Ni de coña. Qué capullo. Los minutos pasaban y no encontrábamos solución. Entonces me dijo:

—Oye, ¿aquella no es tu ex?

Qué vista tenía el muy perro. Pues sí, en una mesa del fondo estaba mi ex con otra chica. Pero no iba a ir a pedirle prestado el dinero que él tenía que haber llevado. Mi ex y yo no teníamos contacto, solo nos habíamos visto un par de veces por la calle desde la ruptura y lo típico: ¿cómo te va?, bien, ¿y tú?, etcétera. Pero joder, ella era la única opción. Se lo devolvería, a Dios ponga por testigo que se lo devolvería. Era una emergencia, tenía que comprenderlo. Y con esa esperanza me dirigí a ella tras debatirme unos minutos.

—Hola, Marga.

—¡Hola!, cuánto tiempo.

—Pues sí.

—¿Qué tal?

—Bien, verás..., estoy en una situación un poco especial. He cenado con un amigo... y resulta que ninguno de los dos llevamos dinero. Nos hemos dejado las carteras y no podemos pagar. Me da palo, pero necesito que me prestes algo, mañana te lo devuelvo, desde luego, si no no te lo pediría...

—¿Aquel de allí es tu amigo?

Toni nos saludaba sonriendo.

—Sí, aquel es.

Tras un pequeño silencio, Marga dijo pícaramente:

—Te lo presto si me das su número.

Le miré el escote, seguía teniendo unas tetas cojonudas. El pelo que llevaba le favorecía mucho, la verdad es que seguía siendo un pibón. Le dije que iba un momento al baño.

Me miré en el espejo y respiré hondo. Joder. Todavía pensaba en Marga de vez en cuando al masturbarme, y no podía permitir que el cabrón de Toni se la follara. No se lo merecía. No gracias a mí. Finalmente salí y me fui para la mesa de Marga.

—Lo siento, pero no puedo darte el número.

Me miró escamada y sonrió:

—Vaya, qué misterioso.

Entonces escuché a su amiga decir: «Si me das el tuyo te los presto yo». La miré y me pregunté sorprendido de dónde diablos había salido aquella sonrisa. No podía entender cómo no me había fijado en la chica que un año y medio después terminaría convirtiéndose en mi esposa.

No volví a cenar con Toni, y nuestra amistad fue desinflándose con el tiempo, pero finalmente lo invité a la boda al ser una pieza determinante del juego que aquella noche me llevó a conocer a mi esposa.

Han pasado tres meses desde la boda y ni rastro de su regalo.

ENFERMERA

La imagen en su cabeza de aquellos ojos grises se entrecruzaba con la de los coches que circulaban frente a él. No había otra salida. Era ya demasiado tiempo atrapado en el oscuro laberinto del dolor.

Todo empezó días atrás, en la cama del hospital Severo Ochoa. Horas antes de entrar en quirófano para someterse a una artroscopia en la rodilla, una ATS con la sonrisa más luminosa de la ciudad acudió a su habitación para afeitarle la pierna. Todos los recuerdos, todos los miedos y todas sus cicatrices se disolvieron ante aquel rostro desbordante de belleza.

Por la tarde la volvió a ver tras la operación en medio de una nube borrosa. «¿Cómo estás?, mareado ¿no?» le pareció oír con los sentidos embotados antes de volver a cerrar los ojos. Un rato más tarde, ya en la habitación y más despierto, esperó impaciente el momento de volver a verla, pero fue en vano. Terminó el día y no consiguió borrarla de su mente ni un minuto.

Por la mañana supo que aquel ángel de ojos claros se llamaba Irene y que no tenía turno en los dos próximos días. Cuando oyó aquello sintió una punzada en el pecho. Al día siguiente le darían el alta, pero tenía que volver a verla como fuera.

Y así fue como se presentó en el hospital cuando pudo empezar a andar, una semana más tarde. Se plantó en el pasillo mirando de un lado a otro y, cuando a los pocos minutos la vio al fondo, se fue hacia ella:

—Hola, ¿te acuerdas de mí?

Ella lo miró sorprendida antes de contestar:

—Eh..., sí, ¿cómo va la rodilla?

—Bien, aprendiendo a bailar zumba.

De nuevo, ante él, aquella preciosa sonrisa. Entonces sacó un ramo de flores y se lo ofreció. Ella le dio las gracias con apuro.

—Me gustaría invitarte algún día a cenar.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Puedo saber por qué?

—No quiero que te ofendas, pero... no eres mi tipo, lo siento.

—Ya... bueno, ¿y un café?

—Lo siento, tengo que seguir trabajando, adiós.

La mañana siguiente volvió al hospital y, al verla, percibió azoramiento en su rostro. Fue ella quien esta vez se dirigió a él:

—Me van a llamar la atención por tu culpa.

—No quiero ser pesado, pero solo te pido que me dejes invitarte a un café.

—Lo siento, ya te he dicho que no, adiós.

Se quedó allí plantado, en medio del pasillo, sumido en la impotencia. Aquella chica se había convertido en la dueña de sus pensamientos, en su pasión, en su sueño, y se le hacía inconcebible volver a su vida de siempre sin ella.

No comió nada durante el resto del día. Perdió el apetito, las ganas de vivir. Los segundos se convirtieron en un martillo que le golpeaba el corazón en cada latido, y los días iban añadiendo paladas de hormigón a la mochila que colgaba de su cuello. Todo se fue desdibujando, y lo único que quedaba era una creciente desesperación cuya puerta de salida solo vislumbraba bajo las ruedas que cruzaban por delante de él en la avenida más larga de la ciudad.

Esperó el momento apropiado para caminar unos metros hacia delante y dejarse caer sobre el asfalto.

Todo fue muy rápido. El vehículo maniobró con rapidez y evitó el atropello a costa de impactar contra una farola. Abrió los ojos y vio el coche accidentado y personas que corrían hacia él. Entonces se levantó y echó a correr como un diablo hasta que sus fuerzas se lo permitieron.

Al día siguiente decidió mudarse a la costa, a otra ciudad donde empezar de nuevo y arrancarse el puñal que tenía clavado en mitad de su alma.

Ese mismo día, el personal del hospital Severo Ochoa recibía con estupor la noticia de la muerte en un accidente de una de sus más eficientes enfermeras.

ENTIERRO

Querido Carlos:

Hace ya varios días de lo de tu abuelo y espero que te encuentres bien. Sé que no acudieron más de una docena de personas, y más que un entierro parecía un cumpleaños. Charloteaban como si lo enterrasen todas las semanas. Cuando empezó a chispear salieron pitando, pero tú te negaste a acompañarlos y te quedaste solo frente a la lápida un buen rato, bajo la llovizna, antes de marcharte con la cara teñida de tristeza.

Ya sabes cómo era tu abuelo. Un viejo excéntrico con demasiado dinero. Un viejo que tenía debilidad por ti, en quien veía mucho del joven que fue hace tanto tiempo. La muerte de tu abuela se llevó más de lo que imaginaba, y desde entonces no volvió a ser el mismo.

Voy al grano: el ataúd que se enterró ese día estaba vacío. No sé si recordarás a aquel hombre del sombrero y la barba que se mantenía algo apartado. Ese era tu abuelo, el que escribe esto.

Querido nieto, para eso te puede servir ser rico, para asistir a tu propio entierro y saber a quién le importas.

Mi asesor, Enrique Burgos, se pondrá en contacto contigo. He decidido donarte la mitad de lo que tengo. La otra mitad la he destinado a instituciones benéficas. Enrique te ayudará a gestionarlo todo, es de total confianza. Sé que harás un buen uso de ese dinero; eres inteligente, noble y solidario.

En cuanto a mí, estaré bien al lado de tu abuela, a la que tanto añoro.

Te deseo que seas muy feliz, querido Carlos.

Un fuerte abrazo de tu abuelo.

CRISIS

Haga sol o llueva, con frío o calor, ella pasea su minifalda por la ciudad. Sus perfiladas piernas, largas como palmeras caribeñas, son un imán para todo macho que se precie. Incluso ellas las miran con envidia, resignadas a sus celulitis y sus varices. También tiene un busto al que no le falta ni le sobra nada, derecho, bien formado, rematado por un escote ni muy descarado ni muy discreto, sencillamente irresistible. Y si consigues apartar los ojos de él, te pueden deslumbrar los ojazos que resaltan en un rostro tan bello que duele mirarlo. Es una locura que una mujer como ella, mi mujer, se pasee sola por la ciudad, pero la crisis aprieta y hay que buscarse las habichuelas. Mientras ella siga atrayendo las miradas, yo seguiré reparando coches en mi taller.

GOURMET

Una de mis pasiones de siempre han sido los restaurantes caros. La gente dice que pagas un ojo de la cara y te quedas con hambre. No saben que a esos restaurantes no se va a saciar el hambre, sino a vivir experiencias. La textura del mantel, la organización de la luz, la decoración del local, la vistosidad del plato, el olor..., todo conforma una sinfonía sensual que hay que saber apreciar. El sabor de un plato puede despertar recuerdos inconscientes, puede zarandarte emocionalmente, hacerte sentir más que un amor de verano. A veces lo que he experimentado al saborear un plato ha superado el placer de un buen orgasmo. Toda esta exquisitez tiene un precio y a mí nunca me ha importado pagarlo. Pero ahora que te he conocido y sé que no compartes esta afición mía, no me importa prescindir de ella. Un huevo frito, si me lo como contigo, es mi plato favorito.

BESO

Era el momento perfecto. Ella y yo en un banco del parque, con el atardecer acariciando las hojas de los árboles, una brisa apacible y nuestros corazones temblando. Después de dos meses de flirteo en los que nuestros sentimientos se fueron desnudando día tras día y las ganas de compartírnos crecían, había llegado la hora de besarla. Solo yo sabía cuántas veces había soñado con aquel instante, que quedaría esculpido en mi joven memoria el resto de mi vida. Cogí su mano y la besé como si fuera un tesoro, siendo recompensado con una cálida sonrisa. Después, sin soltarla, miré su rostro lleno de luz. El mundo era un paraíso cuyas puertas se me abrían. Me acerqué a sus labios y empezamos a besarnos con gran delicadeza, cuando sentí algo extraño. Me giré y no pude dar crédito a lo que veía: un chucho follándome la pierna. De un rápido manotazo lo aparté, pero el maldito animal volvió a la carga, sacudí la pierna y me levanté para ahuyentarlo. Por fin se alejó, dejándome preso de la rabia que me ardía por dentro.

Entonces la vi reírse y la rabia dio paso al desconcierto. ¿Cómo podía hacerle tanta gracia que aquel asqueroso perro hubiera estropeado la magia de ese momento inolvidable? Incapaz de asimilarlo me negué a continuar y terminamos sumidos en un tenso silencio. Finalmente nos despedimos con sequedad y sin saber cuándo volveríamos a vernos.

A las dos de la mañana no dejaba de darle vueltas al asunto. En medio de la desesperación, de repente vi claro lo que tenía que hacer. Me vestí apresuradamente, cogí el mechero y, sin hacer ruido para no despertar a mis padres, salí de casa. En la gasolinera compraría la garrafa, y de allí directo a la perrera municipal.

ENCUESTA

—¿Qué es para usted el amor?

La chica de hermosos ojos azules sonreía apuntándome con su grabadora en medio de la plaza. No esperaba esa pregunta en una encuesta y mi perplejidad era patente. Evalué si dar cualquier respuesta breve o extenderme, y como aquella tarde no tenía gran cosa que hacer opté por lo segundo. Respondí que el amor es una patraña, una farsa que tratan de vendernos como la experiencia ideal, la felicidad suprema. Que ese supuesto amor en torno al cual giran tantas canciones, libros y obras de arte no es más que un acuerdo inconsciente entre dos personas para tratar de llenar un vacío que son incapaces de llenar por sí mismos.

Solemos endosarle a la otra persona la responsabilidad de hacernos felices, y si no se cumple la emprendemos con ella. El amor viene a consistir en una serie de condiciones que se imponen al otro para que haga o piense lo que a uno le interesa, de forma que se reafirme el concepto que se tiene de uno mismo. Lo normal es que se proyecten de forma inconsciente en el otro los miedos y las carencias propias; de esa forma le echamos la culpa de nuestras frustraciones y nuestros problemas. El amor no es más que una mentira socialmente aceptada que en su momento apoteósico llega a expresarse con frases como «eres lo mejor de mi vida», «qué haría yo sin ti» o «te quiero como a nada en este mundo», pero cuando todo se tuerce se llega al extremo de los celos enfermizos, la violencia y hasta el homicidio.

En definitiva, y después de unos diez minutos de discurso, terminé afirmando que el amor no existe, que es un cuento chino. Lo que normalmente llamamos amor es una relación de egos rivalizando sin otro sentido que proteger y perpetuar nuestra falta de autoestima y que tarde o temprano termina por desmoronarse para dar lugar a una ruptura o convertirse en un paripé de cara a la sociedad.

—Gracias —contestó la chica. Su sonrisa no era la misma que al principio.

Me alejé con un cierto orgullo por la calidad de mi respuesta. A pesar de improvisada, había sido una correcta exposición de lo que pensaba al respecto.

Al día siguiente volví de nuevo a la plaza. Y al siguiente. Estuve casi un mes volviendo cada día, pero no volví a ver aquellos ojos azules.

ILUMINACIÓN

De repente lo vio claro. Absolutamente claro. Era absurdo. No tenía trabajo, ¿y qué? Tenía un cuerpo sano, tenía sus facultades intelectuales intactas, tenía fuerza de voluntad. ¿No era eso suficiente? En cuanto a su reciente separación, ¿no había vivido diecinueve años felizmente?, ¿qué importaba que su mujer hubiera dejado de amarlo?, ¿no había otras mujeres en el mundo? Tampoco tenía sentido preocuparse por su hijo, convaleciente de un accidente de moto. De repente todo le parecía banal, ilusorio, superficial. Meras chorradas frente a la verdadera esencia de la vida, la belleza, la plenitud que palpitaba en cada persona, en cada pájaro, en cada piedra. Ya no formaba parte del mundo, sino que el mundo estaba dentro de él, y su corazón y su mente se fusionaban y disolvían en un universo de paz absoluta, de pura armonía. Fue un chorro de luz, un súbito despertar, un brote de clarividencia el que le asaltó un instante después de saltar desde el puente.

MIMO

Las nubes comenzaron a regar la ciudad, y el público que hasta entonces había estado observando divertido sus pantomimas se apresuró a buscar refugio.

Solo un niño seguía allí, observándolo, sin reparar en la lluvia. El mimo tenía hambre y aquel chaval seguramente no tendría ni un céntimo. Para colmo no reía sus números. Es más, no lo había visto esbozar siquiera una sonrisa desde que comenzó su actuación. Se preguntó por qué no recogía sus enseres y se ponía a cubierto. Con el hambre que tenía solo le faltaba pillar un catarro. Pero la inexpresividad del chiquillo le motivó y decidió que no se iría de allí sin sacarle una sonrisa.

Un número tras otro fueron pasando los minutos. La calle estaba tan vacía como su estómago, y el niño seguía allí, empapado, observándolo con cara de póquer. Estaba ya a punto de sacar la bandera blanca cuando, inesperadamente, al hacer una pirueta con los pies, el mimo dio con sus huesos en el suelo. Entonces el chiquillo rompió a reír como si llevara años sin hacerlo. No podía parar. Lo había conseguido. Finalmente se acercó a la gorrilla que había en el suelo y dejó caer una canica plateada antes de salir corriendo para perderse con su sonrisa en la lluvia.

Desde aquel día, cada vez que llueve y le visita la tristeza, el mimo saca aquella canica y en algún lugar dentro de él las nubes empiezan a alejarse.

MÓVIL

«La madre que me parió», fue lo primero que pensé al oír el móvil. Tragué saliva y me quedé como una estatua, como si eso fuera a servir de algo. El director giró la cabeza en mi dirección y yo miré hacia los espectadores que tenía a mi alrededor con cara de quién-es-el-gilipollas-que-deja-sonar-su-móvil-en-mitad-del-concierto-de-una-orquesta-sinfónica. Maldije mi estampa cuando oí cómo los músicos dejaban de tocar. «¡Por favor!», gritó el director enojado. Quién demonios llamaría que no dejaba de sonar. Pero ya era tarde. Aguantaría hasta el final. Miré a los de la fila posterior y todos me taladraban con la mirada. Joder. Era el blanco de todo el auditorio, del que empezaba a emerger un murmullo de indignación. El maldito cacharro seguía sonando como si no tuviera otro fin que hundir mi vida. Entonces lo comprendí: la había metido hasta el fondo, y no quedaba otra salida. Me levanté sin mediar palabra, y ante la mirada furibunda de todo el mundo me dirigí al escenario. Una vez allí saqué el impertinente aparato y me estiré hasta colocarlo a los pies del director, que me observaba con rostro severo. En silencio y con parsimonia dejó la batuta en el suelo, se colocó frente al teléfono, elevó su pierna derecha y lo pisoteó bruscamente una y otra vez, destrozándolo, hasta que el sonido se interrumpió. Entonces hice una pequeña reverencia, di media vuelta y me encaminé con la cabeza bien alta hacia la puerta en medio del respetuoso silencio del público.

PLAN

Hace dos meses que gozo de su cuerpo y aún no me he derramado en él, pero no me importa. Me dedico a movilizar todos mis sentidos con la única misión de darle placer, explorando su gloriosa anatomía con mi lengua, recreándome en aquellas zonas donde remuevo su alma, lamiendo, chupando, besando y olvidando lo que no he sido y lo que nunca seré. Mis manos danzan con devoción sobre su piel creando una sinfonía de suspiros y gemidos que calientan mis sueños cuando aprieta el frío. Cada vez que la amo termino exhausto, abrumado por el esfuerzo de mantener mi crepitante deseo amordazado, pero satisfecho de sentir la caricia de sus orgasmos como una suave brisa en mi rostro sudoroso. Tras un rato de dulce silencio me visto y me despido de ella. El último día me besó en la boca, lo que indica que me voy acercando a mi objetivo. Sé que terminará enamorándose de mí. Entonces podré follármela sin pagar.

FINAL

Viajar a Irlanda, y a París, y a Florencia, y hacer un crucero por el Mediterráneo; ver edificios, templos, plazas, paisajes; leer y releer a Machado, a Hernández, a García Montero; escuchar a mi querido Van Morrison, y a Cohen, y pasear temprano por el parque con Moro, mi perrillo; ver reír a mi mujer, y a mis sobrinos, y a mis hijos; ir al cine a ver una película de Woody Allen; mirar en silencio la lluvia... Todo, me queda todo por hacer, porque los setenta y dos años que acabo de cumplir han pasado en un suspiro, y ahora soy más feliz que nunca. ¿Se puede saber qué demonios vienes a hacer con esa guadaña y ese hábito bajo el cual te escondes sin atreverte a dar la cara? ¡Largo de aquí!

La de la guadaña se descubrió con suavidad el rostro y el anciano se quedó sin palabras. Con una sonrisa tomó la mano que se le ofrecía y, sin mirar atrás, se dejó llevar por ella.

ROMÁNTICO

Romántico. Esa era la palabra que mejor le definía. Y su mujer lo podría corroborar. Dos o tres veces a la semana recibía un ramo de rosas por mensajería con una tarjetita en la que podía leer «eres la rosa más bonita» o «te quiero más que ayer y menos que mañana».

A lo largo del día le enviaba mensajes de Whatsapp para que supiera que la quería con locura, que era la reina de su mundo, el sentido de su vida.

Todas las noches le preparaba una buena cena con velas y música lenta. A veces la llevaba a cenar fuera y luego bailaban agarrados en algún local tranquilo mientras le susurraba poemas románticos que se había aprendido de memoria.

Por eso se le resquebrajó el corazón cuando la encontró por sorpresa dando alaridos debajo del vecino de arriba.

No tardó en reaccionar. Se alejó silenciosamente y bajó al trastero. Allí estaba el hacha, dentro de una caja. La agarró con rabia y fue a hacer lo que tenía que hacer.

Media hora más tarde, se hallaba declarando en la comisaría entre lágrimas.

En el parque cerca de casa, yacía derribado el árbol en cuyo tronco se podía leer «Javi y Lorena» dentro de un corazón.

CIRCO

Era la primera vez que mi mujer y yo llevábamos a Pablito al circo, y fue una tarde espectacular. Pudimos disfrutar de artistas como el mago Mágico, capaz de convertir a una gallina en una bicicleta y a una paloma en una cafetera. Impresionante. También presenciamos el número de una pareja de trapezistas que se enviaban mensajes de Whatsapp en pleno vuelo. Increíble. Y cómo olvidar a Rufino, el payaso, que rompió a llorar y resbalaba una y otra vez en el charco de sus propias lágrimas, o cuando se puso a lamer la calva de un señor del público después de raparlo. Qué risa. También vimos a Jason, un *crack* del malabarismo, con la habilidad de estornudar mientras hacía el pino y de dar un triple salto mortal mientras se cepillaba los dientes. Espectacular. Por no hablar de Jaime sin miedo, capaz de domar con los ojos cerrados y completamente borracho a un grupo de leones. Inolvidable. Y conocimos a Jack, un chimpancé que era un fenómeno jugando al billar, a un tigre que sabía pelar plátanos y a un elefante que bailaba el reguetón. Una pasada.

Eso sí, lo más espectacular de todo fue el rayón que tenía mi coche cuando nos dispusimos a volver a casa. Algún canalla se había lucido, pero no lo suficiente como para enturbiar mi ánimo. Tenía muy presente el asombro, el miedo, la alegría..., todo el carrusel de emociones que había observado en la cara de Pablito aquella tarde. Eso sí que había sido un espectáculo.

RENCOR

—¡Eso no se le hace a una madre! ¡Vergüenza tenía que darte! ¡Si tu padre viviera...!

Sus palabras me retorcián el alma mientras la veía alejarse en su silla de ruedas, conducida por la trabajadora de la residencia. En el camino de vuelta a casa no pude reprimir las lágrimas, pero traté de pensar que serían solo unos días. Era lo mejor. Ahora nos quedábamos en mi casa mi hija y yo. Gloria, con veintidós años que tenía, ya iba a traer a un niño al mundo, y en tres días salía de cuentas. No podía permitir dejar sola a mi madre, que requería atención y cuidado constantes, cuando mi hija se pusiera de parto. Y tampoco podía, por supuesto, dejar sola a mi hija en semejante circunstancia, pues el canalla del padre hacía tiempo que había puesto tierra de por medio. No había más remedio que ingresarla unos días en la residencia hasta que todo hubiera pasado.

Y todo pasó, pero de qué manera. El parto se complicó y mi nietecito nació muerto. Mi hija y yo lloramos hasta la saciedad.

Dos días más tarde fui a la residencia a por mi madre. Ella ya lo sabía todo, pero me saludó con aspereza.

Ya en casa me dispuse a deshacer su maleta, pero por alguna razón parecía querer impedírmelo. Finalmente lo logré, y el corazón me dio un vuelco al encontrar entre sus pertenencias un muñeco con forma de mujer embarazada. Su barriga se hallaba atravesada por una docena de alfileres.

DILEMA

Llegó y se sentó en la barra del bar con expresión desolada. Pidió un café y se dedicó a rumiar su desesperación. Minutos después me acerqué y le pregunté con naturalidad cómo iba todo. Con la mirada perdida me contó que aquella misma mañana había cobrado un trabajo, y quiso el diablo que en algún momento perdiera el sobre con el dinero; que tenía mujer y dos hijos, que estaba en el paro y ese dinero era lo único que tenía, la comida de su familia. A medida que lo escuchaba me fue cambiando el ánimo y la disposición con la que me había acercado a él. La vida es así de perra. Cómo iba a saber que me iba a topar con el dueño del sobre con dos mil euros que me había encontrado esa mañana en la acera y que guardaba en el bolsillo de mi chaqueta.

Mirando a aquel hombre que se había puesto a sollozar tras contarme su desdicha, sonó en mi oído derecho una voz dulce y agradable:

—Es un buen hombre, y necesita ese dinero para cuidar a su familia. ¿No quieres ver cómo se le ilumina la cara cuando te vea entregarle el sobre? Piensa en sus hijos, en su mujer. Tú eres una buena persona. Anda, saca el sobre y...

Otra voz llegó a mi oído izquierdo. Esta era más dura y arisca.

—No le hagas caso. Si ese desgraciado ha sido tan estúpido como para perder el dinero, no merece recuperarlo. Que aprenda para la próxima vez. No olvides lo bien que te viene ese dinero.

Y volvió a hablar la primera, y luego la segunda, y las dos a la vez. Empecé a agobiarme y fui a meterme en el aseo. Saqué el sobre y toqué todos esos billetes, tan lisos, tan limpios. Pensé en guardarme unos cuantos, pero deseché la idea de inmediato. O le daba el sobre completo, o me lo quedaba. Me miré en el espejo, cerré los ojos y respiré hondo, tratando de escuchar a mi corazón. Finalmente lo vi con claridad. Aquel dinero era suyo y tenía que devolvérselo. Si la vida había querido que coincidiéramos los dos, era por algo.

Salí dispuesto a darle el sobre, pero no lo vi. Le pregunté al camarero y me dijo que se acababa de marchar. Salí a la calle y miré a todos lados, pero no había rastro de él. Volví a la barra, terminé mi cerveza y emprendí la vuelta a casa.

Mientras caminaba sentí un calorillo por dentro. Había tomado la decisión más honesta y, quién sabe si como recompensa, me había quedado finalmente con el dinero. Podía sentirme afortunado. «Está claro que el dinero tenía que ser para mí», pensé antes de escuchar en tono poco amistoso:

—Tú, dame lo que tengas o te rajo.

DESPEDIDA

El tren estaba a punto de salir.

Ella se marchaba y se lo tenía que decir como fuera.

«Eres la razón de mi existencia».

Demasiado grandilocuente.

«Sin ti no soy nada».

Poca personalidad.

«Mi corazón no volverá a latir hasta que vuelvas».

Qué cursilada.

«Te quiero con locura».

Muy trillado.

«Te adoro».

No.

«Te echaré de menos».

Tampoco.

«Pensaré en ti».

«¡QUIERO FOLLAR CONTIGO!» —dije al fin con toda mi alma.

Me pegó una bofetada monumental, de las que dejan huella. Sin decir una palabra, se dio media vuelta y me dejó con el rabo entre las piernas.

Dos días más tarde me llamó para preguntarme si aún me dolía.

EXPERIMENTO

Cuando fuera invisible podría entrar gratis en el cine, en las salas X, en los parques de atracciones, en los rodajes de películas porno. Podría bromear con la gente de la calle, que si faldita arriba, que si gorrita fuera. Podría acostarme con las mujeres que quisiera y robar con total impunidad. Podría entrar en las casas de los famosos, y de los políticos, y descubrir sus trapos sucios, y chantajearles. Podría ser, en definitiva, el amo del mundo.

Por eso valía la pena emplear toda mi capacidad de superdotado, el cien por cien de mi energía y veinte años de mi vida a jornada completa en investigar y experimentar en el laboratorio que había construido en el sótano de mi casa. Y al fin encontré la fórmula que me dotaría del poder de la invisibilidad.

Hace dos semanas llevé a cabo el proceso, pero algo salió mal. Además de no conseguir mi objetivo, desde ese día no puedo ver nada. Me he quedado completamente ciego.

Es el mundo el que se ha vuelto invisible.

NOCHE DE REYES

Le dije a mi mujer que ya lo haría yo, que no se levantara, y con el mayor de los sigilos, sin encender ninguna luz, me dirigí al salón y comencé a colocar los regalos junto al árbol. La luz de las luces que adornaban la calle entraba por la ventana proporcionándome la claridad suficiente. En mitad de la tarea me sobresalté al oír una voz a mi espalda:

—Buenas noches.

Me giré y di un respingo al ver a un anciano vestido como un rey, con su corona y todo.

—¿Quién es usted? —pregunté asustado.

—¿No me reconoce? —contestó sonriendo—. Soy Melchor, vengo desde Oriente.

Lo miré sin pestañear durante unos segundos.

—Está de broma.

—No, pero es normal, comprendo su reacción. Ahora ya lo sabe: los Reyes Magos existen.

—Se está quedando conmigo.

—Le aseguro que no. Todos los años vamos repartiendo regalos por las casas, lo que ocurre es que solo lo hacemos en aquellas en las que no los han colocado previamente. La mayoría de los padres no cree en nosotros y entonces hacen nuestro trabajo, por lo tanto, esos regalos que iban dirigidos a sus hijos terminamos llevándoselos a los niños pobres.

—No puedo creerlo...

—Así es. Aquí he llegado un pelín tarde, ya veo que los estaba colocando.

—Pues... sí... ya estaba acabando.

—Entonces le voy a pedir un favor: que me permita llevarme los regalos que le traía, ya que usted está poniendo los suyos, y así se los llevo a niños que los necesitan, ¿qué le parece?

—Por supuesto, no hay problema.

—Hagamos una cosa: váyase usted a dormir y yo termino de colocar sus regalos, ¿de acuerdo?... No se preocupe, sé cómo hacerlo.

—Está bien, gracias, ha sido un placer conocerle.

—Melchor, el placer ha sido mío.

—Adiós, y suerte.

—Gracias, buenas noches.

La mañana siguiente mis hijos me despertaron llorando: bajo el árbol no había ningún regalo. Y no solo faltaban los regalos, sino la tele, el DVD, mi ordenador portátil y la minicadena. No lo podía creer, había caído como un pardillo. Mi madre solía decir que yo era el hombre más ingenuo e inocente del mundo, y a veces pienso que tenía razón, pero lo que tengo claro es que cuando vuelva Melchor el año que viene, por mis muertos que se va a enterar.

AMOR ESPACIAL

Las estrellas parpadean porque tienen sueño. La luna les está contando un rollo que se hace interminable: que si el influjo en las mareas del planeta Tierra, que si el efecto que produce según la fase en la que se encuentra sobre los partos de las mujeres, que si muchos animales se vuelven más activos y fértiles cuando está llena... Es normal que esté tan parlanchina, hace pocas horas se ha reconciliado con el sol. Después de muchos ciclos lunares en los que se evitaban el uno al otro, hoy se han reencontrado en un espléndido eclipse solar, durante la fase de luna nueva. Ambos andaban peleados desde que el sol se cansó de que ella permitiera tantas interferencias por parte de las agencias aeroespaciales. A la luna no le importaba, y hasta se entretenía con todas esas aeronaves y vehículos exploradores deambulando por su superficie, pero el astro rey comenzó a sentir celos y la relación terminó estrellándose. Ahora que han vuelto brillan de nuevo con fuerza, y los demás planetas orbitan encantados por el reencuentro. En la Tierra los humanos se pelean por el día y se desean por la noche, los planetas giran con sus luces y sus sombras, el sol ronronea de gusto, y la luna no puede dejar de compartir su entusiasmo con las estrellas que, la verdad, no ven la hora de apagar su luz.

COCHE

Era guapa, tremendamente guapa, con un pequeño lunar a tres centímetros de su boca. Vestía mostrando parte de su atractivo cuerpo, que no tendría más de treinta años. Solo había dos problemas: el primero, que estaba muerta; el segundo, que se encontraba en el maletero de mi coche nuevo. Cómo iba yo a saber, media hora después de salir del concesionario, que me iban a vender un coche con un cadáver dentro. ¿Qué podía hacer? Si la llevaba al concesionario dirían que ellos no tenían nada que ver. Si iba a la comisaría no se creerían mi historia y me acosarían a preguntas: que cuándo había comprado el vehículo, y dónde, que si estaba casado, que si tomaba drogas, que si esto, que si lo otro... ¿Y cómo podría demostrar que esa chica no tenía nada que ver conmigo? Quizás hasta podrían considerarme sospechoso y obligarme a pasar la noche en una celda. Quién sabe. Encendí un cigarro y traté de pensar con calma. Finalmente lo vi claro y opté por dirigirme al concesionario. Fue la mejor decisión. Me hicieron una rebaja de tres mil euros.

REENCUENTRO

Estaba sola, hojeando una pequeña libreta, con su maravilloso pelo rizado como la espiral de recuerdos que me asaltó de repente: el tímido beso en la discoteca de aquellas vacaciones de mi juventud, y de los que vinieron después, ya no tan tímidos, las primeras caricias, cómo me estremecía su lengua en mi cuello, sus gemidos cuando lamía sus pechos, aquella sonrisa que era pura magia. Me levanté y me dirigí a su mesa.

—Hola —sonreí.

—¡Miguel!

—El mismo.

—No puedo creerlo. ¡Cuánto tiempo!

—Mirándote nadie lo diría. —Qué bonita seguía siendo aquella sonrisa—. ¿Cómo estás? —pregunté.

—¡Sorprendida!... ¿Y tú?

—Contento de verte.

—¿Sigues viviendo aquí?

—Sí.

—Es increíble que no nos hayamos visto en tanto tiempo, ¿no?

—Bueno, yo una vez te vi, pero ibas corriendo y llevabas una pistola, así que no te saludé —sonreí.

—Claro, sería el día que atraqué el banco —reímos.

—¿Tan mal te ha ido?

—Una mala racha.

No pude evitar volver a enamorarme de aquella sonrisa y de aquel sentido del humor que el tiempo no había sido capaz de barrer. Tras hablar sobre nuestros trabajos le llegó la hora a nuestra situación sentimental. Fui yo el primero.

—Me separé hace casi tres meses.

—Vaya. ¿Y cómo lo llevas?

—Es duro, pero poco a poco.

—¿Tienes hijos?

—Afortunadamente no.

—Claro, sería todo más complicado. Yo llevo dos años casada, y de momento tampoco tenemos.

Para qué negarlo. Me hubiera gustado oír que estaba divorciada, que no tenía ningún compromiso, que existía alguna posibilidad de volver a colgarme de su cintura, de ser cómplices en la aventura de volver a descubrir cada flor, cada nube y cada río de este mundo.

Durante el cuarto de hora que estuvimos hablando me reencontré con gestos y matices que creía olvidados, con recuerdos y anécdotas entrañables. Tuve la sensación de que volvíamos a ser los dos adolescentes a los que la luna guiñaba el ojo en aquellas noches de risas y besos, los dos chavales que se bebieron aquel verano que nunca debió terminar.

—Bueno..., ya llega mi marido, me tengo que ir. Me ha gustado volver a verte, Miguel.

—A mí también, Patricia.

—Mira, Javi, este es Miguel, de la pandilla del verano en el pueblo, cuando éramos unos niños.

Nos dimos la mano y noté una cierta aspereza en su actitud.

—Bueno, que te vaya bien.

—A ti también, adiós.

Nos dimos un beso y me quedé en la puerta de la cafetería, agarrando en mi bolsillo el papel donde había apuntado su email y mirando cómo se marchaba con aquel hombre cuyo rostro recordaba perfectamente. Era el mismo que vi salir de mi casa el día que descubrí que mi mujer me era infiel.

«Qué pequeño es el mundo», pensé sonriendo por dentro.

REGRESO

Aún recordaba la mañana en que decidió cortarle las patas a la tortuga de su hermano pequeño. No sabía de dónde había sacado la idea, pero le excitaba la posibilidad de llevarla a cabo. Sacó una pequeña navaja de un cajón y se dirigió al lavadero. Allí estaba la muy desgraciada, en un pequeño recipiente con agua, sin la más remota idea de lo que le esperaba. La cogió y, a pesar de que no se lo puso fácil, porque el bicho tendía a esconderse bajo el caparazón, terminó cortándole las dos patas traseras.

Una hora más tarde su hermano lloraba como una magdalena, la tortuga estaba muerta y él, a pesar del castigo de sus padres, admitió por dentro que se había divertido.

Años después, una mañana se dirigía en moto a casa de un amigo, cuando un coche que venía en sentido contrario lo embistió lanzándolo varios metros sobre la calzada. El resultado fue lamentable: se vio condenado a pasar el resto de su vida en una silla de ruedas.

Ha pasado un año de aquello, y cuando le preguntan por el accidente siempre dice que no recuerda si le dolió, ni de qué color era el coche, nada. Lo único que se le ha quedado grabado, y no termina de saber por qué, es la cara de tortuga que tenía el tipo que lo conducía.

ATRACO

Buscaba esos yogures que un compañero del trabajo me había dicho que estaban para morirse, cuando algo se alteró en el ambiente. Al oír gritos de pánico provenientes de la zona de las cajas eché a correr hacia allí mientras la gente se dirigía hacia el fondo del centro comercial. Cuando llegué vi a la gente en el suelo. Un muchacho de no más de veinticinco años, con gorra, agarraba por detrás a un hombre al que apuntaba con una pistola en la cabeza mientras gritaba a unas de las cajeras. Traté de localizar algún cómplice —sabía por mi experiencia profesional que este tipo de robos no suele cometerse individualmente—, pero no parecía haber nadie más. Había que actuar. Saqué la pistola y apunté al atracador:

—¡Policía, suelta el arma!

—¡Suéltala tú o lo mato! —gritó él.

Apreté los dientes y evalué mentalmente las diferentes opciones de que disponía. No lo tenía fácil, pero finalmente decidí confiar en mi puntería, que era la envidia de todos mis compañeros del cuerpo, y disparé.

El atracador, desconcertado, dejó caer al rehén y salió corriendo. Yo me precipité sobre el hombre que agonizaba en el suelo. Afortunadamente aún respiraba, así que me acerqué a su rostro y le dije lentamente:

—Hola, profesor Javier, ¿te acuerdas de aquel 4,9?

BAILE

Era el momento decisivo del curso, el baile de la fiesta de despedida. Cada año, las chicas se sentaban en un extremo de la sala y los chicos en la otra. La música comenzaba a sonar y los chicos se iban levantando, atravesaban lentamente toda la sala y se dirigían a la chica deseada para invitarla a bailar. Su respuesta determinaba el éxito del curso más que las calificaciones obtenidas. Era el momento crucial. Una negativa suponía volver a tu asiento entre las risitas de los demás chicos y deseando febrilmente meterte en la cama para no levantarte en todo el verano. Pero si la chica aceptaba, todos te miraban entre la envidia y la admiración.

Yo nunca había sido capaz de invitar a bailar a ninguna chica, y eso pesaba como una losa sobre mí. Aquel año decidí que era mejor arriesgarme y perder, que atrincherarme una vez más en la silla a esperar la hora de marcharme con la dignidad bajo cero.

Fui el tercero en levantarme; si había que hundirse que fuera lo antes posible. Con el corazón desbocado me dirigí hacia la chica que me gustaba, mirándola fijamente para tratar de adivinar si le gustaba la idea de ser mi elegida.

—Hola, ¿quieres bailar conmigo? —le pregunté finalmente.

Los segundos que tardó en responder duraron siglos, primero sonrió y sentí un calor dentro de mí, pero luego soltó un «no» que me congeló el corazón. Sabía que tenía que girarme y volver a mi silla ante la burla demoledora de los demás, pero me sentía desconcertado. Entonces escuché una voz a su lado:

—¿Puedo bailar yo?

Era cejijunta, gordita, una de las chicas menos atractivas de la clase.

—¿Tú... quieres bailar conmigo? —dije confuso.

—Sí, quiero —dijo con determinación.

La idea de volver a mi asiento aplastado por el peso del rechazo me martirizaba. Podía sentir detrás a los buitres burlones dispuestos a abalanzarse sobre mí sin el menor asomo de piedad. «Qué diablos», pensé antes de tender la mano.

Han pasado quince años desde aquel baile y hoy lo ha dicho con la misma determinación:

—Sí, quiero.

Pero no era plan de ponernos a bailar en la iglesia.

MISIÓN

Nadie sabía cómo era el rostro de la bruja, pues todo el que se había atrevido a descubrirlo había perecido en el intento. Se decía que tenía una gran verruga justo en el centro de la nariz, y que la odiaba tanto que no podía evitar sembrar el mal por todo el reino de Eraw.

Me hallaba delante de la puerta de su mansión, dispuesto a comprobarlo. Desde que partiera de mi pueblo, devastado a causa de un maleficio de la bruja, había navegado por el peligroso río negro; me había enfrentado a las diabólicas criaturas de la noche que acabaron con la vida de mi caballo Runo; había atravesado el tenebroso bosque de Zhangion, del que salí ileso gracias al amuleto que llevaba conmigo; había sobrevivido a los espíritus del viento, a tormentas terribles y a días sin comer; pero al fin, allí estaba, dispuesto a dar muerte a la despiadada bruja.

Besé mi amuleto, musité una breve oración y saqué la espada dispuesto a cumplir la misión que mi pueblo me había encomendado tiempo atrás.

De repente, una mano agarró con fuerza la Play y me la arrebató.

—¡No te lo digo más, se acabó! ¡empieza a comer! —rugió mi madre lanzando la máquina por la ventana que daba al jardín.

Lidiando con la rabia empecé a tomar lentamente la sopa, en silencio. A mitad del plato miré a mi madre y me pareció distinguir, en el centro de su nariz, una odiosa verruga.

CONDENADO

Hola, Juanjo, Dani, Pincho. Espero que os vayan bien las cosas. A ver si termina este jodido invierno y llega el buen tiempo. Dani, la moto ya no la quiero, si encuentras alguien que la quiera comprar, la mitad para ti. Pincho, me dijo Ana que tu hermano tiene cáncer. Qué putada, con lo buen chaval que es. Espero que tenga fuerza y no dejes de apoyarlo. Hay mucha gente que se cura y sigue viviendo perfectamente, así que ánimo y *palante*.

Ana viene a verme casi todos los días. La semana pasada le dije que me dejara, que se buscara a otro, y me dijo que no, que me quería y me iba a esperar. Cuando se fue me hinché de llorar. No se merece que le haya hecho esto. He llorado mucho las tres semanas que llevo aquí dentro. Tengo días mejores y días peores. Hay una cosa que ahora tengo clara: se acabó para mí eso de tener mi corazón en un puño mientras apunto al desgraciado que está al otro lado del mostrador. No quiero volver a ver ese miedo en sus caras, ni quiero sentirlo cuando oigo una sirena. Estoy harto de tantos años de correr y esconderme. Supongo que me he ablandado, o me hago viejo, o será que llevo tres semanas durmiendo como el culo en una celda fría de la ostia y solo me quedan once años más aquí. Pero no queda otra que joderse. Bueno, termino ya. He decidido que esta va a ser mi primera y mi última carta. No quiero distraerme, necesito estar centrado para poder superar esto. Ojalá sentéis la cabeza y busquéis algún curro que os permita vivir de puta madre. Y sobre todo no olvidéis nunca que algún día saldré de aquí, y lo primero que haré será buscar a aquel de vosotros que me la ha jugado. Juro por mis cojones que no me voy a morir sin que lo pague.

CAJA

Era una morenaza de flamantes ojos verdes, con un tipo imponente y una sonrisa arrebatadora, de esas que abren paso con el simple contoneo de sus caderas y atraen miradas de deseo abrasador. Sabedora de la fascinación que generaba su presencia, cada vez que iba al supermercado y su compra era escasa, se acercaba a cualquier caja en la que un hombre esperase su turno y le preguntaba sonriente si la dejaba pasar. Tras oír la acostumbrada respuesta, daba las gracias con un guiño y se colocaba delante intuyendo la inmediata mirada a su trasero.

El muchacho tendría su edad o poco más, y su respuesta fue totalmente inesperada. «No», le acababa de espetar con el rostro serio. Tuvo que digerir durante unos segundos la contestación. Era la primera vez que le pasaba. Decidió redoblar la artillería y componer una carita melosa imposible de resistir: «Anda, si solo llevo esto...». La negativa volvió a ser tajante. Desconcertada, preguntándose si aquel maromo tenía sangre en las venas, decidió no darse por vencida. Le puso la mano en el brazo y lo acarició mientras le decía seductoramente: «Anda, guapo, que llevo prisa...». La misma respuesta. Entonces sintió cómo todo su poder se desmoraba. Con el rostro ensombrecido, desconcertada, no tuvo otra opción que esperar su turno.

Camino de casa no podía dejar de pensar en lo sucedido. Era la primera vez que un hombre no cedía a sus encantos y algo se había derrumbado dentro de ella. «Alguna vez tenía que ocurrir», pensó resignada. Quizás era inevitable. Aquella experiencia ponía de manifiesto que a pesar de todo no era una diosa, sino una mujer, con un físico afortunado, pero con sus defectos y carencias. La idea que siempre había mantenido de que podía conseguir cualquier cosa de los hombres no era más que un reflejo de su notable vanidad, un engaño que no podía sostener por más tiempo. Concluyó que aquel suceso le había servido para darse cuenta de lo absurdo de dar algo por sentado en la vida, pues todo se podía perder en un segundo y había que darle importancia a lo que de verdad merecía la pena: la relación con los demás, dedicarte a lo que te gusta, aprender a ser feliz. Finalmente se descubrió sintiendo gratitud por aquel chico que no había dado su brazo a torcer, mostrándole así la oportunidad de aprender algo realmente valioso.

Ese chico que ahora conducía hacia su casa arrepentido de no haber dejado pasar a aquella morenaza de ojos verdes.

IN EXTREMIS

«Tengo que hacerlo», me dije echándole agallas. Me levanté y caminé en dirección al altar hasta acercarme a la oreja de mi amigo Pablo. Y se lo dije. Que la mujer que tenía a su lado lo engañaba con otro. Me miró con el ceño fruncido y me preguntó qué le estaba contando.

—Siento no habértelo dicho antes —dije con pesar.

En su rostro se dibujó el más puro desconcierto. El sacerdote bajó del altar, se acercó a nosotros y preguntó si había algún problema.

—¿Qué pasa? —preguntó la novia.

Pablo no acertaba a decir nada. Finalmente se volvió hacia ella y le preguntó si lo estaba engañando. Ella puso cara de sorpresa y no dijo ni mu.

—¡Maldita sea, vete a la mierda! —gritó mi amigo.

—Vámonos —le dije cogiendo su brazo en el momento en que ella rompía a llorar.

—No puedo creerlo, no puedo creerlo... —murmuraba Pablo mientras salíamos de la iglesia.

Arranqué el coche y atravesamos la ciudad. Pablo lloraba, y yo trataba de encontrar el equilibrio entre el sufrimiento de verle así y mi regocijo por haber hecho lo que tenía que hacer. Si aquella fulana pensaba que me iba a quitar a mi mejor amigo se equivocaba.

VIENTO

De repente un golpe de viento hizo que los billetes de cincuenta euros salieran volando en todas las direcciones. A unos diez metros, un hombre se agachó con rapidez y cogió uno de ellos, miró hacia el dueño, que se afanaba persiguiéndolos, y aprovechó para meterse rápidamente en un bar próximo. Allí se encontró con una antigua compañera de trabajo con la que iniciaría una relación que terminaría llevándolo al psiquiatra.

Una mujer atrapó un billete, se lo metió en el bolsillo con el mayor disimulo y se precipitó a cruzar la carretera sin percatarse de que estaba en rojo, lo que provocó que fuera atropellada por un coche y terminara ingresada en el hospital con serias lesiones.

Otro hombre se lanzó a por un billete, lo cogió y no se anduvo con rodeos, salió disparado y dobló la esquina a tal velocidad que no pudo evitar chocar con una anciana que terminó con sus huesos en el suelo. El nieto que la acompañaba, un chico agresivo, perdió los nervios y le propinó una paliza sin contemplaciones.

Finalmente, alguien se dirigió al dueño del dinero y le alargó el billete que había atrapado acompañado de una sonrisa. Este lo miró con aprecio.

—Gracias, muchas gracias.

—De nada —dijo el niño antes de ir a retomar la mano de su abuelo.

TERMINAL

Lloraba sin consuelo, desbordado por un dolor que se incrustaba en cada célula de su cuerpo, maldiciendo el cáncer que tenía a su esposa debatiéndose en la cama de un hospital. Su cuñada le acariciaba el hombro con los ojos brillantes y un nudo en la garganta. Él quiso volver al hospital, pero ella le sugirió que descansara. «Mis padres están allí», le dijo mientras acariciaba ahora su cuello. El llanto se fue calmando, sumergiéndose en un silencio que se tensaba con cada roce, con cada respiración. Él volvió la cabeza y la miró con un destello de ese deseo que más de una vez lo había invadido al pensar en ella. Qué importa nada cuando el dolor te acorrala y harías lo que fuera por romperlo en mil pedazos y abrazar un poquito de paz. Los labios se acercaron, y empezaron a rozarse mientras sus manos se exploraban, buscándose como dos náufragos sedientos. Tras desprenderse de la ropa se amoldaron sobre el sofá, y con una pasión ya olvidada iniciaron el camino hacia un éxtasis que borrara fugazmente aquella dolorosa realidad. El tiempo desapareció, desplazado por el deseo, el placer... y el orgasmo que finalmente atravesó sus cuerpos en el mismo instante en que, en la habitación de un hospital, una mujer agonizante exhalaba su último aliento.

MALOS TIEMPOS

Todo sucedió en menos de un minuto. De repente vi un arma encañonándose al otro lado de la ventanilla.

—Esto es un atraco. Quieto o te pego un tiro —dijo una voz debajo del pasamontañas.

Y por supuesto que me quedé quieto, petrificado, ni a pestañear me atrevía. A su lado había otros dos apuntándome con metralletas. De repente entró otro más y me puso una pistola en la cabeza.

—Como te muevas te hago un agujero.

Abrió el cajón del dinero y lo vació todo en una bolsa deportiva. A continuación se unió a los otros, y los cuatro subieron a una furgoneta que salió disparada calle abajo.

Salí afuera y vi cómo se alejaban sin dar crédito. Joder. Como esto siga así voy a tener que cerrar el quiosco.

SOSPECHA

Sentado en el váter del baño del Corte Inglés, acababa de escuchar la inquietante conversación por móvil del hombre del retrete de al lado. No podía creerlo. Aquel tipo era el amante de mi mujer. O sea, que mi mujer me ponía los cuernos.

Me apresuré a salir antes que él y me puse a lavarme las manos con la mirada puesta en el espejo. No tardó en salir el canalla y dirigirse hacia la puerta. Comencé a seguirlo mientras bajaba las escaleras a una distancia prudencial, y lo estuve observando con el corazón en un puño durante el tiempo que pasó curioseando en la sección de películas. El cabrón tenía buen porte, y por el traje que vestía seguro que no dormía bajo un puente.

Minutos más tarde salió a la calle y se paró delante de la puerta, mirando el reloj. Según lo que había oído, se encontraría con ella en unos instantes. Me quedé dentro, dudando el siguiente paso; si ella me viera podría escabullirse sin que me diera cuenta. Finalmente salí, me dirigí a un quiosco de helados que había a unos metros de la puerta y pedí un botellín de agua que me permitiera deshacer el nudo que tenía en la garganta. Ocultándome tras el quiosco me quedé observándolo, esperando ver llegar a la mujer con la que dormía cada noche sin saber nada de ella.

Llegó tranquila, sonriente..., pero con otro vestido, otra cara, ¡era otra! Todo había sido una falsa alarma, un malentendido. Tras verlos alejarse, crucé la calle y caminé hacia un parque cercano, donde me senté para respirar hondo y reconciliarme con la vida. Minutos después sentí la necesidad de escuchar la voz de mi mujer y la llamé, pero tenía el móvil apagado.

LAPSUS

Había transcurrido casi una hora de concierto cuando comenzó a sonar mi preferida, la sinfonía nº 40 de Mozart. Entonces vi cómo una de las violinistas me sonreía. Me sorprendió el hecho de que no estuviera ensimismada en su partitura, pero más me sorprendió verla guiñarme un ojo. No sé si me sonrojé, pero me sentí azorado. La verdad es que la chica era bastante mona. Tras intercambiar miradas varias veces me propuse hablar con ella al final del concierto. Yo no había venido con nadie, así que estaba libre y con todo el tiempo del mundo. Le echaba unos veinticinco años, y tenía unos labios carnosos, como a mí me gustan. También se le adivinaban dos pechos turgentes, bien puestos, con unos pezones grandes y apetecibles que besaría primero con besos cortitos, después más lentos, suaves... y sus gemidos irían creciendo... y entonces los lamería con todo mi ser... y se volvería loca...

De repente se hizo el silencio; abrí los ojos y vi a todos los músicos mirándome anonadados.

Y yo con la punta de la batuta en mi boca.

AMAR

Demasiadas personas establecen una relación de pareja para estar bien, cuando de lo que se trata es de estar mejor. Se aferran al otro ignorantes de sí mismas, con la vana ilusión de haber encontrado el amor de su vida, la persona que les hará felices a pesar de no haber sabido lograrlo por méritos propios. Un día comprendí que para que alguien me amase tenía que amarme yo, y para eso tenía que conocerme. Desde entonces me dediqué a observarme y aprender. Descubrí que era una persona sumamente neurótica que provenía de una familia cuyo miembro más sano era el perro. Mi padre era alcohólico, mi madre era depresiva crónica, mi hermano le daba a la coca y mi hermana estaba en un centro de menores. El lote completo. Pero los reveses de la vida forjaron en mí una voluntad inquebrantable de alcanzar el equilibrio personal, lo que me llevó a dedicar mucho tiempo a terapias con psicólogos, a devorar libros de psicología y a practicar técnicas de autoconocimiento y control emocional. Tuve muchas oportunidades de enamorarme de chicas interesantes, pero las rechacé sin perder de vista mi objetivo. Mi pareja debía ser mi compañera, mi cómplice, no un perchero donde colgar mi inmadurez.

Llegó un día en que me sentí preparado para el amor. Y entonces la danza de la realidad la puso en mi camino. Tenía los ojos teñidos de un celeste infinito como el cielo de abril, y una sonrisa capaz de hacer cicatrizar la herida más sangrante. El mundo resplandeció como nunca la tarde de nuestro primer beso. Cogidos de la mano paseamos durante horas por los jardines charlando, riendo y celebrando la belleza palpitante de la vida.

Éramos los ancianos más felices de la residencia.

CULPA

Llevaba un sombrero destartado, una camiseta de rayas y una chaqueta roja de purpurina. Ningún payaso me había hecho reír tanto como él, y ahora sus lágrimas formaban un nudo en mi garganta al verlo sostener en sus brazos a la equilibrista. Se acababa de estrellar contra el suelo en el número sin red, tras caer desde una altura de unos quince metros. Turbado por la tragedia, me abrí hueco entre el público y salí al exterior en busca de oxígeno. Ya era de noche. Con el corazón a mil por hora corrí alejándome del circo en dirección a una colina cercana. Al llegar arriba apreté los dientes, y con la misma rabia con que hasta aquella noche había vivido una infancia que se acababa de desmoronar, lancé lo más lejos que pude aquel maldito tirachinas.

LLAMADA

—Hola cariño —susurró su cálida voz al otro lado del auricular—. Te he echado mucho de menos. —Ella sonrió—. Es insufrible el tiempo que transcurre entre llamada y llamada. Me revuelves las neuronas. A veces miro tu foto y siento miedo, pánico de que todos mis besos y mis caricias sean insuficientes para demostrarte lo que te quiero...

No llevaba ni un minuto y ya estaba hecha un flan. Escucharlo era un chorrito de agua fresca en el desierto de la monotonía diaria.

—Solo tú me importas —continuó él—. Ni el cielo, ni la tierra, ni la gente, ni nada, solo tú, que eres la escalera que me conduce al paraíso, el perfume de las flores que nacen a orillas de la vereda que me conduce a mí mismo. Tu mirada sostiene los cimientos de la torre de mis esperanzas, en cuyo pináculo ondea una bandera con tu nombre bordado en oro y plata.

Notó como una lágrima se deslizaba por su mejilla y cambió el auricular de oreja para sacar con la mano libre un pañuelo de un cajón.

—No dejes de hablar, te escucho. —Mientras se enjugaba los ojos siguió pegada al aparato.

—Qué castigo más cruel el de vivir contigo en la distancia, condenado a echarte de menos, respirando nostalgia, aferrado al recuerdo siempre presente. A veces me invade la tentación de dejarlo todo y correr hacia ti para arrojarme en tus brazos y besar las nubes.

Ella volvió a gemir. Lo que llegaba a sus oídos era la razón de su vida, la sangre que corría por sus venas, el oxígeno que respiraba, pero también la causa del temor con el que lidiaba cada día. No podía permitir que su marido supiera que llamaba con regularidad a una de esas líneas comerciales que se anuncian en los periódicos.

—Te quiero —continuaba la grabación— como nada ni nadie podrá quererte jamás, porque eres el barco que rescató al náufrago que yo era, la lluvia del campesino, el hada de los cuentos, la posada del peregrino, la más bella flor de la más bella primavera... Te quiero...

Te quiero. No acababa de paladear la dicha que le producía oír esas palabras cuando oyó unas llaves hurgando en la puerta.

Colgó el teléfono bruscamente, se miró en el espejo para limpiarse las lágrimas y se dirigió apresuradamente a la cocina para apagar el fuego.

—Hola. ¿Qué tal el día? —dijo ella.

Él no contestó, camino del mando de la tele, sin acercarse a ella para darle un miserable beso. Igual que ayer. Igual que siempre.

FÚTBOL

Todo empieza por la cara de angustia que se le queda al forofo al ver cómo está a punto de quedarse sin ver la final de la Champions. La tele no se enciende, y por mucha palabrota que salga de su boca eso no va a cambiar. No hay tiempo que perder, la final es la final y hay que buscar una salida. Algo descabellada, pero el fútbol no atiende a razones: se dirige al piso de enfrente y, con visible apuro, le pide a la vecina el favor de dejarle ver el partido en su casa. La mujer muestra cierta sorpresa, pero finalmente y como no tiene gran cosa que hacer, lo deja pasar.

El partido comienza y se suceden las jugadas. Cada uno está sentado en un extremo del sofá. Ella pregunta si quiere beber algo y él responde que una cerveza. Cuando ella se dirige a la cocina él le mira el culo sin saber que ella lo mira por un espejo.

Dos buches de cerveza más tarde, él le pregunta por el botón del mando para bajar el volumen. Ella sabe que él lo sabe, pero se sienta a su lado para mostrárselo. Ambos notan cómo se va calentando el banquillo. Él le dice que huele muy bien, ella sonrío sugerente, y entonces el forofo se desmarca y enfila hacia la portería acariciando el cuero. Tras un hábil regateo se quita de encima un pantalón y unas bragas, busca el hueco y lo intenta, pero el disparo lame el poste y a punto está de besar la red. Continúa el asedio, la cosa está que arde, penetra una y otra vez en el área, rematando a placer pero sin lograr culminar, sigue, sigue, sigue, se aproxima de nuevo, se va acercando, ahora sí, ahora, ¡ahora! ¡¡¡GOOOOOOOOOOOOOOOL!!!

Un año más tarde se celebró la boda. Por supuesto, se casaron de penalti.

FAMILIA

Esta vez sí, allí estaban todos. Los cuatro. Después de tantos años había llegado el momento de reunirnos. Uno tras otro fueron independizándose y haciendo una vida ajena a su padre y a mí, hasta que mi marido murió y me quedé sola. Completamente sola. Las cuatro personas que con tanto esfuerzo crie sacrificando mi vida no me llamaban ni para felicitarme el día de mi cumpleaños, ni para Navidad, nunca. Yo lo hacía siempre, y les proponía reunirnos en casa para comer, pero siempre tenían cosas que hacer. Es increíble lo rápido que se enteraron de que me había tocado la lotería. Salía a un buen pellizco para cada uno. Y ahí estaban, sin ninguna mala cara, ninguna mención al pasado, nada que fuera a enturbiar esta maravillosa cena y, desde luego, sin la más mínima idea del chupito de cianuro que acababan de beberse.

ENTRENAMIENTO

Después de nueve horas entre avión, tren y taxi, llegué al que era uno de los mejores centros especializados en transformación personal del mundo. Durante meses seguí un férreo entrenamiento deportivo y en meditación, yoga y las más modernas y sofisticadas técnicas psicológicas. Algunos días me bañé en agua helada, otros subí y bajé montañas con unas sandalias, otros estuve encerrado en una habitación oscura durante horas. Pasé hambre, sed, miedo, dolor. Conocí los límites de mi mente y mi cuerpo. Me enfrenté a todos mis demonios, al más feroz de mis enemigos, a mi sombra más oscura.

El día que me marché de allí era otra persona, dueño de mi mente y de mis emociones. Había encontrado la paz indestructible que todo ser humano alberga en su interior. Ninguno de los imprevistos que surgieron en el viaje de regreso logró alterar el equilibrio que sentía.

Volví a casa antes de lo previsto. No avisé a mi mujer para darle una sorpresa, pero me la llevé yo al oír sus gritos de placer brotando del dormitorio. Los vi gozando ajenos a todo, y me dirigí silenciosamente a la cocina con mi corazón latiendo como una metralleta. Una intensa furia bullía en mi pecho. Aquello me superaba. Me senté en una silla y cerré los ojos. Respiré hondo varias veces con la atención puesta en el vacío, y poco a poco fui sintiendo que la tensión disminuía. Minutos más tarde logré encontrar de nuevo el equilibrio. Todo volvía a estar bien. Se confirmaba que ya era otra persona, más serena, más entera. Recuperada la calma, enfilé de nuevo el camino hacia el dormitorio con el cuchillo en la mano.

REPRESIÓN

Siempre he sido una persona poco hábil socialmente. La posibilidad de ser blanco del juicio o la crítica ajena ha supuesto una tortura para mí. Cuando llegaba a la sala de espera del médico sentía una vergüenza espantosa si me llamaban antes que a un paciente que estaba allí antes que yo. Me sentía como un canalla y no podía evitarlo.

Si al comprar me daban menos cambio del que me correspondía, me marchaba de la tienda sin decir esta boca es mía. Igual que si me encontraba esperando en una cola y alguien se colaba en mis propias narices.

Un día paseaba por un mercadillo y pisé a un hombre sin querer.

—¡Gilipollas! —gritó. Le pedí disculpas muy apurado—. ¡Mira por dónde vas! —volvió a exclamar. Más disculpas—. ¡Me cago en tu madre!

Sentí cómo me empezaba a arder la sangre. No, mi madre no. Por ahí no pasaba. Le propiné un puñetazo en el estómago que lo postró en el suelo, donde recibió una lluvia de patadas de la bestia que habitaba dentro de mí, hasta que me detuvieron.

Desde aquel día me convertí en otra persona. Sentí que me había liberado de un yugo que había estado soportando demasiado tiempo, y en dos semanas quemé cuatro contenedores y cinco coches, le di una paliza a tres mendigos y cosí a navajazos al portero de una discoteca.

Ahora todo ha cambiado y me siento libre. Como los pájaros que surcan ese cielo inmenso y azul que veo desde el patio de la prisión.

AMOR DE MADRE

Parece que fue ayer cuando lo acunaba en mis brazos, y le hacía carantoñas, y le ponía el meñique y me lo agarraba como si quisiera arrancármelo. Era un caramelo que se había adueñado de mi corazón. Con esa piel tan suave y tierna que me pedía a gritos que la besara. Con esos sonidos tan graciosos que salían de su boquita y me derretían cada vez que los oía.

Nunca olvidaré cuando empezó a dar sus primeros pasitos y se quedaba mirando fijamente la tele con aquellos ojitos como platos, y se venía a dormir a nuestra cama, y se acurrucaba entre mi marido y yo, que dejaba de dormir para poder paladear cada segundo de aquel momento de suprema felicidad.

Llegó la hora de la guardería, donde hizo sus primeros amiguitos... y enemiguitos, porque era de los más traviosos de la clase, y yo sonreía cuando la profesora me pedía que lo vigilara, porque sabía que mi hijo nunca se dejaría pisotear por los demás, que crecería fuerte y valiente.

En el colegio continuaron las travesuras, y los profesores nos citaban a su padre y a mí para decirnos que nuestro hijo interfería en el desarrollo normal de las clases y necesitaba un tratamiento corrector. Era triste que aquella gente no supiera valorar la fuerte personalidad de mi hijo.

Lo llevamos a un psicólogo que nos habían recomendado, especializado en niños conflictivos. Yo no lo veía necesario, pero mi marido se puso pesado con el rollo de la agresividad que mi hijo demostraba en casa a pesar del gran esfuerzo que hacíamos tratando de enseñarle la manera de no causar problemas. A mí me parecía que exageraba, pero al final consentí que lo lleváramos para no hacer más difícil la tensa relación que manteníamos últimamente.

El tiempo pasó y el pampalinas del psicólogo nos llamó para decirnos que buscáramos a otro profesional. Le contesté que el que tenía que buscarlo era él, porque mi hijo no necesitaba que le comieran el coco.

Un día llegó un policía a casa con mi hijo para hablar con nosotros. Según nos contó, lo habían pillado quitándole el bastón a un ciego y liándose a palos con él. Yo no me lo creí. Seguramente el ciego se metió con mi hijo y él se limitó a defenderse. El mundo era cruel y mi hijo lo único que hacía era plantarle cara con tal de no ser aplastado como tantos mediocres.

Hace un mes mi marido se fue de casa alegando que estaba ciega ante la realidad, que mi hijo era un delincuente y terminaría en la cárcel. Yo pensaba y sigo pensando que se equivoca, que a pesar de sus defectos, que los tiene como todo ser humano, también da muestras de cariño que él no sabe apreciar. Ahora vivo sola con él, y hoy, por ejemplo, para cenar me ha traído un tazón con sopa y un trozo de pan. Además, ya me quita de vez en cuando las cadenas y puedo moverme a mis anchas en la oscuridad del sótano donde paso el día entero bajo su cuidado. Ya quisieran muchas tener un hijo como el mío. Pobrecillas.

TRASTO

Al bajar el primer peldaño de aquel edificio sin ascensor le vino el recuerdo de la vez que lo humillaron delante del camarero en un bar de carretera donde pararon a comer y el desamparo que sintió tras las viperinas palabras de su nuera y su propio hijo cuando se demoraba al decidir qué plato iba a pedir. Tampoco podía olvidar las miradas furibundas que con tanta frecuencia le dirigían ante cualquier respuesta o conducta que no coincidiera con la que ellos deseaban. Ni siquiera en su nieto, un adolescente malhablado, encontraba un mínimo de comprensión que le sirviera para sentirse menos solo. Hacía ya más de dos meses que le había dado por poner la música a un volumen aberrante justo durante el rato en que él solía echar la siesta, y cuando en cierta ocasión se atrevió a pedirle que bajara un poco la música, la respuesta no fue otra que una mueca de desprecio.

Bajando las escaleras con la lentitud a la que su avanzada edad lo obligaba, no podía dejar de pensar en las veces que había tenido que comerse sosa una comida por no soportar las caras largas con que responderían a su petición de un poco de sal. Ni la indiferencia que recibía cuando abría la boca para sugerir humildemente una solución a un problema doméstico. No se dirigían a él más que para exigirle, para reprocharle o para humillarle.

Habían transcurrido casi dos años de convivencia, y aquella tarde había tomado una decisión. Al llegar al portal encontró un viejo sofá, un escritorio carcomido y una lámpara desconchada apiñados en un rincón. Se sentó en el sofá y miró el reloj. Frente a él, en la pared, había un cartel que decía: «Si tiene trastos viejos que no quiere, déjelos en el portal. Recogida después de las 18:30. Gracias».

LOVE-BOXING

Se lo dije sin rodeos:

—Hay dos tipos de mujeres, aquellas con las que me gustaría acostarme y aquellas con las que me gustaría levantarme. Aún no sé a cuál perteneces.

Ella me miró seria y replicó:

—Hay dos tipos de hombres, los que quieren lo imposible y los que no saben lo que quieren. Prefiero los primeros. Hasta nunca.

Fue así como salió de mi vida. Pasaron más de diez días, y una mañana me desperté deseando tenerla a mi lado. Me tomé un café y la llamé.

—Ya sé lo que quiero. Verte a mi lado cada mañana.

—Qué bonito —dijo antes de colgar.

Me quedé de piedra. Un cuarto de hora más tarde sonó el timbre. Miré por la mirilla y allí estaba ella, con una sonrisa resplandeciente.

Volvió a llamar tres veces más, pero no abrí.

Entonces oí cómo cogía el ascensor. Salí y bajé endiablado las escaleras. Llegué a tiempo. El ascensor se abrió y nos miramos durante uno, dos, tres segundos antes de comernos a besos.

CARTAS

El cartero ordenaba en su mesa el montón de cartas que le tocaba repartir aquel día, cuando el nombre de una destinataria atrapó su atención: Raquel Burgos Díaz. Su amor platónico del instituto. El remitente era un hombre de la misma ciudad. Titubeó unos segundos y, tras comprobar que ningún compañero lo observaba, decidió abrir el sobre con cuidado extremo. Lo que leyó no lo dejó indiferente: por lo visto estaban iniciando una relación postal por medio de un anuncio en una sección de contactos. Una punzada de celos le atravesó. Guardó la carta en el sobre y lo metió en su cartera.

Aquella tarde empezó a poner en práctica el plan. Imitando con habilidad la caligrafía, reescribió la carta inventando una historia para dar su propia dirección y recibir allí la correspondencia futura.

Así fue como empezó a cartearse con el gran amor de su adolescencia. Poco a poco fue ganándose su interés y más tarde su aprecio. Meses después intercambiaron fotos. Ella no reconoció a aquel chico del instituto, y él volvió a enamorarse de aquella preciosidad.

Un día de lluvia quedaron en una cafetería del centro, rompiendo la barrera de la distancia y las expectativas. Los corazones se abrieron definitivamente y la lluvia no volvería a ser igual. Pocas semanas después comenzaron a vivir juntos.

Meses después paseaban una tarde de sábado por la costa. El mar estaba embravecido y, de repente, oyeron en el agua a un hombre pidiendo ayuda. Ella gritó horrorizada y él no lo pensó: se descalzó y se lanzó inmediatamente al agua.

Consiguió salvarlo, pero al precio de su propia vida. Ella quedó destrozada y perdió las ganas de hablar, de comer, de vivir. Poco después, el hombre que salvó su vida fue a mostrarle sus condolencias, y quedó desolado ante el dolor de aquella hermosa mujer. La volvió a visitar la semana siguiente y, con sensibilidad y sabiduría, fue poco a poco abriendo una grieta en la oscuridad que la aprisionaba. Ella fue recuperando la sonrisa, él fue deshaciéndose de la culpa y ambos aprendieron a quererse con un amor tierno y sincero.

Se casaron, y un tiempo después, mientras paseaban por un parque, él le contó que años atrás, por medio de un anuncio de contactos, comenzó a cartearse con una chica que se llamaba como ella, Raquel, pero de repente lo dejó de escribir. Ella se acercó a su oreja, y antes de besarlo dijo:

—¿Sabes lo que te digo?, que ella se lo perdió.

ESPÍRITU NAVIDEÑO

Al entrar sintió todas las miradas clavadas en él. Segundos después, una cuarentona de rostro avinagrado se le acercó: «Abuelo, ¿por qué no se da una vueltecita?», y lo acompañó hasta la puerta.

Volvió a intentarlo en otra administración de lotería que había dos calles más abajo, pero al ver su aspecto lo volvieron a despachar antes de abrir la boca.

En la siguiente tuvieron menos consideración, sacándolo a empujones: «Fuera, a la calle», le espetaron con la indiferencia cómplice de los demás clientes.

Dándose por vencido, y con la noche ya encima, el viejo mendigo se dirigió hacia el banco del parque en el que solía dormir. Al llegar sacó el décimo que se había encontrado días atrás, agraciado con el primer premio del sorteo de Navidad.

«Hijos de puta...», murmuró antes de romperlo en mil pedazos.

CONTROL

El agente de la guardia civil miró mi permiso de conducir e hizo una mueca como la que solía hacer mi exmujer cuando me salía una pregunta difícil en el trivial. Miró a su compañero y se dirigió de nuevo a mí.

—Haga el favor de soplar —dijo acercándose el alcoholímetro.

Como soy abstemio no tenía por qué preocuparme, pero las palabras del agente me desconcertaron.

—Vaya, vaya, aquí el amiguito le ha dado a la botella.

No podía ser. Le dije que debía haber un error, que nunca bebía alcohol. Miró a su compañero con una sonrisa que no me hizo la más mínima gracia.

—¿Va a contradecir a la autoridad?

Entonces lo vi claro. Iban a por mí. Fue instintivo: contacto, primera y acelerador. Y ahí los tenía, pisándome los talones y poniendo mi corazón en un puño. No podía creer que me persiguiera la Guardia Civil, pero maldita sea, yo no había hecho absolutamente nada. Era de noche y la carretera era un agujero negro dispuesto a devorarme. Miraba constantemente el retrovisor, y el maldito coche seguía ahí, a unos cincuenta metros de distancia. Llegó una recta y pisé a fondo. Parecía que los iba dejando atrás. Vamos, vamos. Poco a poco veía por el espejo cómo aquellas luces se iban alejando. Finalmente desaparecieron. Mi taquicardia empezó a retroceder, y al llegar a casa me fui directo a la cama, pero apenas logré dormir preguntándome cuánto tardarían en llamar al timbre.

A la mañana siguiente leí en el periódico: «Dos guardias civiles mueren en accidente de tráfico». La autopsia reveló una tasa de alcoholemia superior a la permitida.

GATO ENCERRADO

Una noche, por las buenas, bajó la basura sin que yo se lo tuviera que repetir. Qué mosca le habría picado.

Al día siguiente volví del baño y me lo encontré nada menos que fregando los platos. Inaudito. Estaba tan sorprendida que ni siquiera le di las gracias.

Quién me iba a decir que dos días más tarde se pondría a reparar esa lámpara que llevaba un año sin funcionar tras habérselo pedido en vano una veintena de veces.

Allí estaba pasando algo, y yo estaba tan escamada que no me atrevía a decir nada.

El fin de semana terminó de desconcertarme: me llevó a un restaurante a cenar. No había hecho algo así desde que éramos novios. Aquella noche me costó conciliar el sueño.

Pasaban los días y él continuaba complaciéndome una y otra vez tras años de quejas e indiferencia.

Un día me armé de valor y le dije que le estaba engañando con un antiguo compañero de la universidad. Mentía, por supuesto. Me miró con atención, en silencio, y al cabo de unos minutos dijo tranquilamente: «Si eso te hace feliz, me parece bien».

Lo miré impresionada. Salí y me fui al parque, donde traté de asimilarlo. Me sentía tan aturdida que decidí preguntarle de una vez el porqué de todo aquello, pero no hizo falta, lo descubrí al día siguiente, guardado en el último cajón de su mesita de noche.

CONFESIÓN

Me lo acababa de contar con un nudo en la garganta, con la voz rota al otro lado de la celosía. Que en varios años había violado a dos mujeres. Que había matado a tres hombres, dos por un asunto de drogas y otro en un robo callejero. Al terminar rompió a llorar desconsoladamente. La iglesia en ese momento estaba vacía.

—Tranquilo muchacho, tranquilo...

Tuve que salir del confesionario para ir a calmarlo. Me intimidó su envergadura: mediría cerca de dos metros, y estaba bastante cachas. Lloraba como un niño chico.

—Ven, a ver si te tranquilizas un poco.

Lo llevé amablemente hasta la sacristía, donde le sugerí que se sentara en el sofá, y allí continuó con su llanto. Lo dejé un momento a solas para ir a quitarme la sotana y, cuando volví, lo hice lentamente. Ya había dejado de llorar. Me fui acercando por detrás y, con el candelabro más grande que había encontrado, golpeé su cabeza con todas mis fuerzas. Quedó inconsciente, con la cabeza colgando. Del cuero cabelludo empezó a manar sangre. Le tomé el pulso y pude confirmar que estaba muerto. Ahora tenía que pensar en cómo deshacerme del cadáver, pero antes tuve que sentarme para respirar y dar gracias por el enorme gozo que sentía. Por fin el Señor me había dado una oportunidad. Bien sabía lo hartó que estaba de viejas beatas en la misa de las siete, de rosarios y plegarias. Ya era hora de hacer algo que mereciera la pena, que ayudara a mejorar este mundo tan descarriado.

ESPERA

Tendríais que haberla visto. Sus ojazos, su escote, sus curvas, estaba tremenda. Entró en el pub y nada volvió a ser igual. Era un lujo ver su voluptuosa figura caminando hacia la barra mientras todos se apartaban a su paso. Era la reina de la noche, la reina de los más húmedos sueños. Llegó y se puso justo a mi lado, pidió una caña y me miró con una sonrisa juguetona que me trastornó.

Mientras daba el primer trago miré su cuello, sus hombros, sus pechos, sus caderas..., hasta la uña del dedo meñique de su pie amenazaba con reventar mi cremallera. Tras dejar el vaso sobre la barra volvió a mirarme, entonces movió aquellos labios carnosos, irresistibles, para preguntarme si la invitaba a una copa donde yo quisiera. Madre mía. El tiempo se paró de repente. Todos me miraban con expectación. Bien sabía que trenes como ese solo pasan una vez en la vida, pero lo que finalmente salió de mi boca fue: «No, gracias». Me sonrió y dijo: «Tú te lo pierdes». Cogió el vaso y se dirigió al interior del local.

Mi amigo Santi se acercó para decirme que estaba loco, que me arrepentiría, que hacía tiempo que no veía a una perica como esa. «Yo tampoco», le dije sonriendo. Después lo dejé bailando con una tal Mónica y me fui para casa.

Llevaba tiempo sin salir y la mañana del domingo fue cruel conmigo, pero finalmente me duché, desayuné en la cafetería de mi calle y fui paseando hasta la plaza del barrio para comprar un ramo de flores. Después me dirigí al hospital.

Al entrar en la habitación me acerqué a su cama para susurrarle al oído: «hola, cielo», y darle un beso en los labios. Coloqué las flores en la mesita junto a la cama y me senté a su lado con su mano entre las mías. Entonces, como las últimas seis semanas, empecé a contarle las novedades cotidianas, a leerle poemas y cantarle, abrazado a la esperanza inagotable de que algún día despertara de su profundo silencio.

VELATORIO

Algunos hablan distendidamente sobre cualquier cosa, otros bromean y ríen. Esto parece un gallinero. Y ahí estas tú, mi amigo del alma, tan callado. Cómo me gustaría poder abrazarte, y recordar juntos tantos momentos compartidos. Como aquella travesura de nuestra niñez, cuando atrapamos un patito en el parque y lo soltamos por la ventanilla de un quiosco. Cómo nos moríamos de risa. También cuando nos escapamos del campamento aquel verano. O cuando tuvimos el accidente y nos picábamos en el hospital para ligar con la enfermera. Todos esos momentos son tesoros que nadie podrá robarnos nunca. No lo sabes bien, amigo, cuánto me gustaría poder abrazarte y decirte que no hay motivo para llorar, que el cuerpo que hay dentro de ese ataúd no soy yo y que, aunque no te des cuenta, siempre estaré contigo.

IN FRAGANTI

Al entrar en el dormitorio sentí un latigazo en el corazón. La culpa apenas le permitió mantener la mirada, musitando un débil «lo siento» mientras se levantaba de la cama. Aturdida, sin poder respirar, me fui a la calle. Al salir del portal el mundo era un lugar sin alma habitado por bultos que deambulaban entre el frío de la noche. Me dejé arrastrar por el gentío y la saturación de iluminación navideña a cualquier parte donde poder gritar la angustia que te asfixia cuando pierdes la confianza en la persona que más quieres. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que me dejé caer sobre el banco de una plaza. Por mi cabeza pasaba una y otra vez, como un relámpago, la imagen de mi hijo sobre la cama, junto al camión, los muñecos y el robot que con tanta ilusión había guardado en el armario a la espera del día de reyes.

CENA

El resultado del análisis clínico había sido concluyente: padecía de azoospermia; o sea, su semen era de poca calidad. Según el urólogo, tenía un miserable 3% de posibilidades de dejar embarazada a su pareja. Podrían casarse, pero no tener hijos. Esa noticia no era la mejor forma de terminar una semana en la que habían tenido varios roces, pero qué remedio. Ya llevaba doce minutos esperándola en la mesa del restaurante. Ella y su típica impuntualidad. Aunque esta vez se iba a permitir ser más comprensivo.

Por fin llegó, se instaló en la mesa e hicieron el pedido. Cuando él se disponía a contárselo, sonó su móvil. Era el jefe. Le enseñó a ella la pantalla y respondió a la llamada.

Un cuarto de hora después terminó de hablar. Ella había acabado ya su plato y masticaba la rabia que le generaba cenar en un restaurante mientras su pareja hablaba por teléfono. Como esperando el turno, esta vez sonó su móvil. Era su amiga Elena, un pelín charlatana, pero respondió la llamada sin pensarlo.

Después de otro cuarto de hora, ella dejó el aparato y un tenso silencio se hizo entre los dos. Llegó la cuenta y, por primera vez, pagaron a medias. Aquello era el final. Se despidieron con un beso en la mejilla y un adiós.

Ella nunca supo que él era prácticamente estéril.

Él nunca supo que ella se había quedado embarazada.

IGNORANCIA

Al salir del urinario público, el frío glacial de la noche la atravesó haciéndole cerrar los ojos durante unos segundos. Las calles estaban casi desiertas, y a lo lejos se oía el sonido de una ambulancia que ojalá viniera a buscarla a ella, porque no sabía si podría aguantar aquello. Se sentía exhausta y aturdida. Desesperada. Llevaba al niño envuelto en una rebeca y tenía las piernas empapadas de sangre. En aquel momento detestó su vida con todas las pocas fuerzas que le quedaban, desde el momento en que llegó a ese país extranjero engañada por un canalla, todos aquellos meses de alquilar su cuerpo a hombres sin alma, las violaciones, la huida, el hambre, la soledad... y ahora aquel hijo no buscado que apretaba contra su pecho para darle el calor que no tenía. La única salida era dejarlo en algún sitio donde alguien lo pudiera encontrar y cuidar de él.

Tras deambular por las calles durante un rato, entró en un portal y colocó al bebé en el suelo, junto a la puerta. Le dio un beso en la cabecita y llamó al portero electrónico. Con la voz rota suplicó a la persona que respondió:

—Por favor, niño..., niño... No puedo llevar... Ayuda...

Su conocimiento del idioma no daba para más. Salió del portal y corrió con los ojos anegados de lágrimas para perderse en la oscuridad.

Dos días más tarde, en una casa cualquiera, una mujer leyó a su marido la noticia que venía en el periódico local: «Abandonan un bebé recién nacido en un portal».

—Es increíble, ¿cómo puede haber gente con tan poca conciencia? —se preguntó sentada cómodamente en un sillón, ante el fuego crepitante de la chimenea.

RIVALES

En la sala de espera de un centro de salud, dos ancianas inician una conversación:

—Yo llevo dos semanas con unos dolores en las piernas, que yo no sé cómo puedo aguantar, de verdad.

—Pues no sabe usted el dolor de espalda que tengo yo, que no me puedo ni mover. A ver si me manda algo porque esto es insoportable.

—Pero aparte de las piernas, tengo unas molestias en el estómago que es lo más desagradable que hay.

—Anda que yo... Si supiera los mareos que me dan, que no me caigo de milagro...

—Ojalá me dieran mareos, en vez de los dolores de cabeza que me entran, que me tomo dos pastillas y no me hacen nada.

—¿Dos pastillas? Hasta cuatro me tomo yo para aliviar el dolor de riñones que tengo... y me quedo igual.

—Ahora, lo que ya es demasiado es la fiebre que me lleva entrando desde hace una semana, que no me puedo levantar de la cama.

—Yo además de fiebre tengo vómitos, así que fíjese usted.

—Por si fuera poco llevo dos meses con una depresión que no puedo con mi alma.

—La que no puede soy yo, que llevo tres meses con depresión y ansiedad.

—Hay una cosa que no le he dicho: hace un mes me dijeron que tengo cáncer.

—¡No me diga!... Qué coincidencia, a mí también.

—Me quedan dos semanas de vida.

—A mí una.

—Ah, ¡ah!, ¡AH!

La anciana se echa las manos al pecho antes de caer al suelo. Los demás pacientes llaman al médico, que llega y se precipita sobre la anciana; le toma el pulso y observa los labios de la paciente intentando decir algo. Acerca su oído y la oye susurrar:

—A ver qué dice ahora esa lagarta.

NOTICIA

La tragedia ocurrida en una vivienda de la barriada del Troncón, en Huelva, vuelve a poner de actualidad la importancia de la influencia que puede tener la televisión en el comportamiento de los más jóvenes. M. G., de 16 años, al que sus vecinos tenían por un chico de carácter tranquilo y afable, degolló a sus padres con un machete mientras dormían. Posteriormente se dirigió a la comisaría y se entregó. En su declaración manifestó: «Nunca quisieron comprármela. Era el único niño del colegio que no tenía tele».

MODELO

Cuando estaba en el mejor momento de mi carrera artística, un accidente me dejó ciego. La depresión me robó las ganas de vivir, pero tiempo después sentí el impulso de volver a pintar y la vida empezó a latir otra vez. Mi especialidad es la figura femenina. No pinto lo que veo, por supuesto, sino lo que esa figura me inspira, lo que me transmite su presencia, su olor, su energía, su ser más allá de lo material. Cuando he oído tu voz he sentido mis pies pisando la hierba mojada, he escuchado las campanas de la iglesia de mi pueblo, he visto un mar sereno como el cielo tras la tormenta. Al olerte y al tocarte he sentido estremecer cada célula de mi cuerpo. Mis lienzos me han gritado pidiendo que corra a llenarlos de luz y color. Cuando alguien me transmite eso, el poder que mueve al sol y a las estrellas me invita a unirme a él, y he aprendido a aceptar su invitación, porque su voluntad es la única que gobierna. Yo no pinto cuerpos, sino el alma a la que encarnan. Mi arte es una comunión en la que la modelo, el lienzo y yo nos fundimos con la esencia de la creación para beber de la plenitud que vibra en todo el universo. Esa es mi misión, abrazar lo invisible y desnudar la verdad que somos más allá de este sueño sin sentido. Entonces, dime, ¿quieres posar para mí?

Ella dejó transcurrir unos segundos, y finalmente respondió: «Si follamos, sí».

SINCRONÍA

Desconozco los extraños cauces por los que discurren las leyes que gobiernan la realidad, ese material del que están hechos los hilos que trenzan los sucesos cotidianos, pero a veces es difícil quedar indiferente ante el acontecer de las cosas, como las circunstancias que comenzaron a primera hora de la tarde de un lunes, cuando Rosa llamó a su marido, que volvía en coche de un congreso de medicina al que había asistido el fin de semana. No era la primera vez que viajaba por motivos de trabajo, pero ella no podía evitar preocuparse cuando él se echaba a la carretera y llamarlo para decirle que tuviera cuidado y no corriera mucho.

Javier oyó el móvil y trató de responder, pero a veces el aparato fallaba y había que pasar el dedo insistentemente sobre la pantalla para establecer la conexión. Fue en ese despiste cuando se desvió el coche en dirección a la mediana. Al darse cuenta dio un volantazo para rectificar y se encontró invadiendo el carril de la derecha, donde fue arrollado por un imponente tráiler. Murió en el acto.

Ante la falta de respuesta de su marido, Rosa suspiró esperando que tuviera un buen viaje y guardó el móvil. Después se dirigió a la cocina, enchufó la plancha y le quitó las arrugas a un par de blusas y una camisa. Cuando terminó cogió el bolso para ir a comprar algunas cosillas. Al salir del portal comprobó que estaba chispeando y decidió apresurarse.

De camino al supermercado, un hombre la observó con atención desde el interior de su coche, estacionado en el parking. Un cuarto de hora más tarde, Rosa salió con un par de bolsas. El hombre esperó a que se alejara algunos metros para salir del coche y empezar a seguirla sin apartar los ojos de ella.

Un par de manzanas después, Rosa llegó al portal y el hombre aceleró su paso para entrar con ella. Mientras subían en el ascensor, el hombre sacó una navaja y la puso en la garganta de Rosa mientras le decía: «Como abras la boca te mato». Ella no sabía que anteriormente aquel hombre corpulento y de rostro adusto había violado y matado a dos mujeres de la ciudad.

Cuando el ascensor llegó a su destino, el violador abrió la puerta y quedó sorprendido al ver a un agente de policía delante de él. Tras un intenso forcejeo entre ambos que Rosa contempló horrorizada, el policía logró inmovilizar al asesino y esposarlo.

Aquel agente había ido a informar a Rosa de la muerte de su marido.

En algún lugar de otra dimensión, afloró una sonrisa. Misión cumplida.

DIAGNÓSTICO

Al salir a la calle todo le pareció extraño, irreal, y sintió unas ganas tremendas de llorar. Hacía menos de media hora que el médico le había dicho que tenía cáncer, y aquello le venía grande. Dudó si llamar a alguien o dirigirse a su casa. Optó por lo segundo. Durante el trayecto recordó varias veces las palabras del médico: no hay que perder la esperanza. Pensó en su trabajo, en las vacaciones y en el viaje que ya había planificado y que no podría realizar, en sus padres, en su cómoda vida de soltero. Tenía treinta y dos años y muchas cosas por hacer, pero a partir de ahora todo se reduciría a combatir la maldita enfermedad. Trató de recordar entre su círculo de amistades y conocidos alguien que hubiese pasado por ella, pero no encontró a nadie. Sintió sed y entró en un bar. Pidió agua y la bebió a sorbos, mientras observaba a los demás clientes. Nunca se había sentido tan ajeno a todo. Al ver entrar a un compañero de trabajo se dirigió rápidamente al servicio. Se miró en el espejo y sus ojos se llenaron de lágrimas que tuvo que enjugar apresuradamente un minuto más tarde, cuando alguien llamó a la puerta. Salió, fue hasta la barra y pagó rogando que no lo viese su compañero. Tuvo suerte y salió del bar sin que nadie lo interrumpiera. Vio entonces el autobús llegando a la parada y fue a cogerlo. Durante el trayecto volvió a tener la amarga sensación de sentirse totalmente desconectado. Al bajar no lo podía tener más claro: necesitaba llegar a casa, meterse en la cama y dormir, dormir y despertar y descubrir que todo había sido una pesadilla. No quería ver ni hablar con nadie. Ya tendría tiempo para poner a todo el mundo al tanto de su circunstancia. Llegó a su piso bastante cansado, y al abrir la puerta cayó en la cuenta de...

—¡¡¡Feliz cumpleaños!!! —exclamaron todos.

NOSTALGIA

El más gordo acaba de soltar un rey de bastos, y el más joven se remueve inquieto. No esperaba esa carta, y ahora tiene que replantearse la estrategia de ir a por la escalera. Mira al más gordo un instante y vuelve a centrarse en el juego. Se oye la cadencia sugerente de unos tacones caminando por la acera. Ambos jugadores giran la cabeza y ven pasar a una rubia en minifalda contoneando su despampanante figura. Un segundo después clavan los ojos de nuevo en los naipes. El más joven mira el reloj y dice: «Es la hora». Los dos albañiles se levantan, se ponen los cascos y vuelven a la faena. La rubia se aleja con la cara teñida de amargura. Ya nada es lo que era.

CITA

Fue chateando como nos conocimos, y pronto se hizo patente que nos entendíamos bien. No tardamos en intercambiar nuestras fotos por email, y nos gustamos claramente. Pasamos dos semanas largas pegados al ordenador, enganchándonos uno del otro. Hasta que llegó el siguiente paso: hablar por teléfono. Una tarde de lluvia oí por el aparato la voz más dulce de mis veinte años de vida, y tres días más tarde llegó la hora de la verdad. Llegué temprano a la cafetería, elegí una mesa y me coloqué de frente a la puerta por donde entraría de un momento a otro. No pasaron dos minutos cuando la vi. Se encontraron primero nuestras miradas y después nuestras sonrisas, pero la suya fue desvaneciéndose a medida que se acercaba a mi mesa. Estaba claro que había visto mi silla de ruedas. Al llegar se agachó y me dio un beso en la mejilla. Luego se sentó y nos pusimos a conversar. Estaba preciosa, pero echaba de menos la naturalidad que mostraba por teléfono. Le pregunté si se sentía incómoda, y contestó que no al tiempo que se levantaba para ir al baño.

Pocos minutos después volvió a la mesa y reanudamos la conversación, pero la cosa no fluía. Cuando su frialdad se hizo evidente le pregunté qué le ocurría.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó.

—¿Te importa mucho?

—Me temo que sí. Será mejor que lo dejemos.

Así de tajante.

—¿No me das una oportunidad?

—Lo siento. Adiós —dijo antes de enfilarse hacia la puerta.

No contesté. Ni siquiera la miré mientras salía por la puerta. Terminé mi zumo, llamé al camarero y pagué la cuenta. «Prueba no superada, lástima», aunque de todas formas era más mona en la foto. Me levanté, plegué la silla y salí de la cafetería por mis propios pies.

BAR

«Después de dos horas, ya es el momento de hacer un descanso», pensé antes de aparcar junto al bar de carretera que había a la entrada del pueblo. Dentro, solo había un adolescente al otro lado de la barra. Me acerqué, di los buenos días y pedí un agua con gas.

—No me queda.

—Bueno, pues una normal, pero que esté fresquita.

—Tiene que ser del tiempo.

Sonreí.

—Vale, pero si le puedes poner hielo...

—Hasta el mediodía no me lo traen.

Empezaba a entender por qué no había nadie allí.

—Bueno, ponme una caña con unas aceitunas —dije tratando de zanjar el asunto.

Tardó un poco, pero al final dijo bajando la mirada:

—No me quedan aceitunas.

—Pero bueno, ¿qué cachondeo es este, chaval?, ¿esto es un bar de verdad o es para una película? Un poco de dignidad, joder. A tu edad o se estudia o se trabaja, pero no se hace el paripé de esa manera, para eso vete al campo a coger papas, que eres muy joven para ir así por la vida, hombre. ¿Qué quieres, quedarte en este pueblo espantando moscas?...

Eso le hubiera dicho, pero no, tras vacilar un poco me limité a decirle:

—Pues ponme lo que tengas.

Ya está. Patatas fritas, cacahuets rancios, mortadela caducada, lo que fuera.

Me puso la caña y se metió en la cocina. A ver con qué me iba a sorprender. Un minuto después salió con una lata de mejillones. Me pregunté si estarían caducados...

—¿Les puedes poner un poquito de limón?

Su mirada fue suficiente. Hice un gesto con la mano que quería decir: «Olvidalo, no he pedido nada, discúlpame, qué locura es esta de pedir un chorrito de limón en un bar, ni que estuviéramos en Las Vegas, nada, tú a lo tuyo que seguro que tienes mucho que hacer».

En el tiempo que tardé en beberme la caña y comer algunos mejillones no entró nadie.

Cuando iba a echar mano a la cartera le oí decir tímidamente:

—Invita la casa.

Nos miramos un par de segundos. Sonreí.

Bueno, al menos algo de dignidad sí tenía. De todas formas...

—Gracias, otro día —dije metiendo la mano en el bolsillo del pantalón.

Joder. Me había dejado la cartera en casa.

VUELTAS

Hace algunos años, de camino a la cafetería donde había quedado con un viejo amigo de la universidad, encontré en el suelo una cartera. Eché un vistazo a mi alrededor para comprobar que nadie me veía y la cogí. En su interior encontré varias tarjetas, cinco euros, un décimo de lotería y un DNI, en cuya foto se veía un muchacho calvo y regordete, con gafas, que sonreía como un pasmarote. Miré la dirección y vi que se encontraba a un par de manzanas, pero para qué complicarse: me guardé los cinco euros y el décimo antes de tirar la cartera a la papelera más próxima.

Una semana más tarde me dio por cotejar el resultado del sorteo de la lotería con el billete. Cinco, cuatro, cero, siete, uno. Clavado. Había bote, y me cayeron del cielo nada menos que setecientos veinte mil euros. Para volverse loco. Esa noche no dormí ni un minuto pensando en todo lo que haría, todo lo que cambiaría de mi vida.

Una de las primeras cosas que hice fue comprarme un Ferrari F430 rojo con todos los extras, una máquina diseñada para comerme la carretera. Con él recorrí toda España y parte de Europa. Prácticamente en cada viaje caía una multa por exceso de velocidad, pero para mí era como pagarlas con los billetes del Monopoly.

Un día no pude terminar un adelantamiento y el tiempo se paró, mi mente se nubló y el mundo estalló en mil pedazos. Cuando me di cuenta estaba atrapado dentro de mi coche. Se oían voces fuera y supe que la había cagado.

Me ingresaron para tratarme un esguince cervical, una hernia en C5-C6, diversos traumatismos, y mi ánimo cayó por los suelos. Siempre había odiado los hospitales, y cada hora que pasaba en aquella habitación era una auténtica tortura.

Pero quién me lo iba a decir. Entré en aquel edificio en una camilla y salí bailando bajo la lluvia, porque allí conocí a una mujer que me cambió la vida, una enfermera que me curó de todos los males habidos y por haber. Con ella el mundo era menos malo y la vida se hizo más amable.

Era la mujer de mis sueños y se lo di todo: mi chalet, mis dos pisos, mi dinero, todo se lo di dos años más tarde, en ese divorcio que me devoró el alma hasta dejarme mudo de dolor. Por mucho que lo intente, nunca podré entender por qué se metió en una cama que no era la suya con alguien que no era yo.

Me quedé solo. Tenía la familia lejos y los amigos descuidados, y me refugié en el alcohol para poder levantarme cada día con la esperanza de llegar a acostarme cada noche. También me aficioné al juego, las tragaperras, el bingo, todo lo que me pudiera proporcionar una sensación de victoria, por minúscula que fuera. Transcurrieron las semanas y los meses y terminé vagando por las calles como un pobre diablo, vacío, sin esperanza y sin dinero.

Una tarde, sentado en un banco del parque donde iba a menudo a pasear mi depresión, el corazón me dio un vuelco al ver a mi exmujer caminando de la mano de un tipo cuyo rostro no había olvidado. Era calvo y regordete, con gafas, y sonreía como un pasmarote.

HOTEL

Tenía el pelo negro y recogido, labios de anuncio, ojos de película, un top bajo el cual se adivinaba un bulto bendecido por la madre naturaleza y minifalda mostrando unas piernas que desestabilizarían las conexiones neuronales de cualquiera. En suma, una de esas mujeres que pueden cambiar el ritmo cardíaco de cualquier hombre con una mirada. Acababa de entrar en el ascensor del hotel y el hombre que ya se hallaba dentro la escaneó de arriba a abajo a medida que se disparaba su temperatura corporal. Cuando volvió a subir la vista encontró sus ojos verdes clavados en él acompañados de una sugerente sonrisa.

No hizo falta más. Se lanzaron el uno al otro con una voracidad inusitada. En cuestión de segundos ella tenía el tanga por los tobillos y él la embestía una y otra vez sobre el suelo de aquel espacioso ascensor, poseídos por el fuego que emanaba de sus entrepiernas.

No tardó en acelerarse la tensión. Los jadeos se amplificaron, aumentaba el ímpetu, el placer se desbordaba amenazando con la locura, y todo estallaba finalmente en un orgasmo insuperable, de los que no se olvidan. Ambos se miraron jadeando durante unos instantes, y a continuación se levantaron mientras se componían para adaptarse a la mediocre realidad que les esperaba al otro lado de la puerta.

Cuando por fin llegaron a su destino, y antes de que se abriera la puerta, el hombre echó mano al bolsillo y sacó su cartera.

—Ahora entiendo por qué este hotel es de cinco estrellas —afirmó.

Y guiñando un ojo le alargó un billete al botones, que sonrió agradecido.